

1

Una vez pasado el control aduanero salí del aeropuerto. Percibí un golpe de calor y una atmósfera densa y frutal. El cielo era lechoso, por la calima, pero no se apreciaban nubes. Ninguna indicación, ni siquiera un taxi a la vista. Dejé la maleta en el suelo dispuesto a esperar. Un individuo bajito que lucía una camisa amarilla de manga corta, desabrochada casi hasta el ombligo, y restos de manchas de grasa sobre los hombros, se me acercó.

–¿Busca carro?, amigo.

–¡Con tal de que me acerque a la ciudad!

–Pesada valija. ¡Sígame!

Cargó con la maleta y le seguí unos cincuenta metros, hasta el portaequipajes de un desvencijado coche aparcado tras un camión. Dentro, varias personas ya instaladas. Parecía que no cabía nadie más.

–Pero yo estoy buscando un taxi –protesté.

–Éste es su taxi, amigo. Aquí las cosas son así. La policía no nos deja que vayamos de vacío. Acomódese, que nos vamos.

Abrí la portezuela delantera y me coloqué como pude en un asiento ya ocupado por una señora gruesa que llevaba sobre sus rodillas un voluminoso

bolso de plástico. Desde afuera, el taxista presionó sin brusquedad la puerta hasta que logró cerrarla, y quedé apretujado contra la mujer, que no pareció inmutarse. Detrás viajaban otras cuatro personas y un niño.

La carretera era de pavimento irregular, bordeada por árboles de cuyas ramas pendían bayas de color pardo, enormes. Más allá se esparcían racimos de pequeñas casas de una planta y algunas chabolas. El taxista me preguntó por la dirección y le pasé el sobre en cuyo remite venía escrita:

DON PEDRO CASTELLÓN

de donde fue el CENTRO DE RECOGIDA DE MENORES,

del portón principal, 5 cuadras al oeste, 1cuadra al lago.

–Eso está por Metrocentro. Allí mismito le voy a dejar. Luego tendrá que caminar, apenas, un tramo no más.

Durante el trayecto, el coche, cuyas señas de identidad más singulares eran sus múltiples abolladuras y la chapa de segmentos multicolores, se había detenido en varias ocasiones y los pasajeros que se apeaban le daban un billete al conductor, que lo metía en la guantera. Todos eran de diez córdobas.

A menudo, los peatones nos gritaban nombres de fonética próxima, casi familiar, pero que remitían a lugares totalmente desconocidos para mí: Plaza España, Rubenia, Ciudad Jardín, al Inter... El chófer disminuía la marcha y, según escuchaba, se detenía y cargaba, o proseguía.

No me fue posible convencerlo de que me llevara hasta la dirección requerida. Al llegar a una zona con múltiples comercios, anunció que estábamos

en Metrocentro, me dio todo tipo de explicaciones y me volvió a asegurar que sólo tenía que caminar unas cuadras. Cuando le tendí el billete de diez córdobas, me dijo que el viaje eran veinte pesos, que habíamos atravesado dos áreas y que la maleta eran diez más.

Después de algún despiste entre calles irregulares y sin nombre, guiado por la amabilidad de varios vecinos, al final llegué al domicilio de Don Pedro. Atravesé una cancela que daba paso a un minúsculo jardincillo y golpeé con los nudillos la puerta de madera. Al poco apareció una señora de pelo canoso, que vestía una bata de andar por casa y se secaba las manos con un trapo.

–Señor, mi marido no se encuentra en este momento. Él llega más tarde. Pero pase y siéntese. ¿Quiere tomar algo? Aunque sea un vaso de agua... Cuando se repose.

–Busco a Larriba. Me dieron esta dirección

–Larriba, Larriba... ¡Ah, sí! El español. Hace ya su tiempito que no sabemos nada de él, pues. Pero por ahí andan todavía unas cajas suyas. A veces alquilamos su habitación. Ahora tenemos a una gringa.

La señora me condujo por el estrecho predio que rodeaba la vivienda hasta una habitación construida al fondo del patio posterior. Remedios me presentó a Helen, una sonrosada y corpulenta norteamericana, que estaba tumbada y leyendo sobre una hamaca de cuerda colgada entre el tronco de un grueso árbol y una de las vigas de una casita, una habitación de ladrillos sin lucir y techo de zinc, ahora alquilada por ella.

–Coge una silla y siéntate bajo el ceibo. Hace un calor insoportable – me invitó Helen.

En el interior, el calor se notaba sobre todo en la cabeza, debido a la proximidad del bajo techo, recalentado durante todo el día pese a la sombra parcial que le proporcionaba las ramas del árbol.

La señora desapareció, pero parecía que la norteamericana tenía ganas de hablar. Después de chequearme a preguntas y cerciorarse de mi casi absoluta ignorancia sobre Nicaragua, se tomó casi como obligación el proporcionarme información con todo lujo de detalles. Su acento apenas delataba su lengua materna y, por los giros coloquiales que empleaba, supuse que llevaba bastante tiempo viviendo en el país. La estuve escuchando un rato, simulando prestar atención, mientras esperaba la llegada de don Pedro. A menudo, mi mirada seguía el balanceo de sus fuertes piernas, que contrastaban con la suavidad de su voz.

Al cabo de un rato, Remedios volvió con dos vasos de plástico y nos ofreció un fresco de tamarindo. Cuando lo acabamos volví a la vivienda principal con la intención de poder seguir hablando con la mujer.

–¿A qué se dedica Larriba? –le pregunté.

–¿Creía que era usted amigo suyo?

–Lo soy, pero hace muchos años que no lo veo ni tengo noticias de él.

–¿Y cómo hizo para llegar hasta aquí?

–Su hermana fue quien me dio esta dirección. La familia ni siquiera tiene una fotografía suya reciente. Me lo imagino como cuando éramos jóvenes.

–Pero usted está joven.

Resultó que aquella mujer tenía la misma edad que nosotros, aunque yo le había calculado unos quince años más. Remedios me describió algunas evidencias, como el color de sus ojos y que Larriba era de mi talla, «como cinco pies y medio», puntualizó, y que estaba bastante delgado, cosa que ignoraba porque siempre había sido un tipo más bien recio. También que solía dejarse crecer una espesa barba.

–Siempre andaba de aquí para allá, ayudando. Cuando no estaba en Managua, solía pasar sus temporadas por Las Segovias, en el norte. Tenía amigos allí. Pero mi marido es el que sabe mucho más. Ellos dos solían platicar a menudo.

Helen llegó a la cocina con un mapa físico de Nicaragua, con las carreteras en negro y las marcas a puntitos rojos de los municipios, sobre el que me fue señalando las zonas donde los combates eran más frecuentes, así como multitud de lugares a visitar, a la vez que me aleccionaba sobre las relaciones económicas y sociales del país. Ella estaba colaborando en la realización de un estudio sobre las condiciones de vida de las mujeres nicaragüenses, financiado por una fundación religiosa de los Estados Unidos, y viajaba con frecuencia por diversas regiones.

–¿Dónde puedo adquirir un mapa como éste?

–Es difícil. En las escasas tiendas de libros, imposible. Lo edita periódicamente el Ministerio de Cultura, pero lo distribuyen por las escuelas y por diversas asociaciones. Me gustaría regalártelo, pero lo necesito para mi trabajo y no tengo otro. Lo mejor es que preguntes en los hoteles de lujo. A veces tienen otro, aunque menos detallado.

El sol iba cayendo y el zapatazo del aire caliente se hacía más soportable. Pensé que era hora de marchar, ya que don Pedro no llegaba y todavía debía de buscar un hotel antes de que cayera la noche. Helen me ofreció compartir su cuarto. Podía dormir en el suelo sobre el colchón, ya que ella estaba acostumbrada a hacerlo sobre la lona del catre de tijera, pero rehusé un tanto embarazado, aunque poco después me arrepentiría.

–Me gustaría, antes de irme, echar una ojeada a las cosas de Larriba –les dije.

La habitación de Helen era todavía un horno. Ella no parecía notarlo, pero yo comencé a sudar copiosamente. Las cuatro cajas de cartón con las pertenencias de Larriba contenían sobre todo libros cuyos títulos y autores me eran desconocidos. Reconocí, sin embargo, un guión cinematográfico de García Márquez que no se había llevado a las pantallas, *Las armas ocultas* de Cortázar y unos relatos de Rubén Fonseca. También había revistas de información política, libros de economía y un montón de fascículos de una publicación llamada POESÍA LIBRE. Entre la ropa, un par de pantalones con manchas mal

sacadas, una camisa verde olivo y unas camisolas de varios colores, abiertas sólo hasta medio pecho.

–Las llaman cotonas; del inglés *cotton*, algodón, y son muy típicas – apuntó Helen.

De un clavo de la pared pendía un collar fino, de oro, que insertaba un pequeño escarabajo de coral rojo y betas plateadas. También pertenecía a Larriba, pero a Helen le había gustado y lo había dejado tal como lo encontró. Busqué, sin éxito, una fotografía reciente suya, ya que la que llevaba encima debía de tener más de una década. Cuando me di cuenta se había hecho de noche y don Pedro seguía sin aparecer.

–Es fácil que no vuelva hoy –comentó Helen–. Tiene otra mujer y pasa con ella algunos días de la semana.

–¿Y qué dice su Remedios?

–Ella es su legítima y la madre de dos de sus hijos, ya criados, que viven con la abuela materna en el departamento de Río de San Juan, más allá del Gran Lago. Allí cultivan unas parcelas que les dejó el abuelo al morir y crían ganado. A la otra, a la que también don Pedro le hizo un niño, Remedios la llama la concubina. Él aprovecha los días que en esta zona tenemos restricciones de agua para bañarse en la otra casa. Es la excusa que pone, porque aquí estamos acostumbrados y siempre tenemos llenos los baldes para cuando no hay.

Pensé que era hora de buscar donde dormir. Helen me volvió a hablar del colchón y lo rechacé de nuevo. Lo ofrecía con la inocencia de una catequista

blanca en una misión africana y no se tomó a mal mis rechazos. Me persuadió, sin embargo, para que no anduviese acarreando una maleta tan pesada, ya que estábamos todavía era temporada seca y con unas camisetas, un par de pantalones y la ropa interior, sería suficiente.

–Si te pones una camisa bien escurrida, en diez minutos se te seca sobre la piel –sentenció.

Entre las cosas de Larriba había una bolsa de deportes y me la llevé prestada, dejando la mitad de mi equipaje en la maleta. Luego nos despedimos.

Al pasar por delante de la puerta de la casa vi que Remedios estaba sentada tras una mesa de madera, cenando en silencio bajo la tenue luz de una desnuda bombilla de bajo voltaje.

–Vuelva otro día y podrá ver a mi marido. Hoy ya es tarde. Seguro que él sabe. Ellos platicaban largo, a menudo.

Cuando cerré la cancela, la noche me recibió con una cantinela estridente de grillos. Soplaba un ligero viento, pero del suelo, recalentado durante horas por el fuerte sol, ascendía un vapor invisible y pegajoso. Las voces de los niños se mezclaban con los requerimientos de sus madres y los ladridos de los perros. Aromas de flores desconocidas se alternaban con los olores que desprendían los fogones. El barrio diáfano que había recorrido hacía unas horas se había transformado en una aldea sin luces en las calles, en un murmullo de voces y trajines cansinos.

El Albergue de la Amistad no tenía rótulo, pero era bien conocido por los vecinos de la zona. Desde fuera, parecía un gran chalet con un pequeño jardín de césped alto y árboles enormes. Tras la cancela, un grupo de muchachos hablaban en círculo desde sus sillas de ruedas. Sus pieles eran aceitunadas y brillantes y no pude evitar el recorrer con la vista los muñones y vendajes de sus piernas. A uno le faltaba también un antebrazo.

En la recepción, un tipo maduro con una mejilla y parte de la nariz corroída en profundos hoyos –más adelante me enteraría que se trataba de las huellas que dejaba la leishmaniasis o lepra de montaña–, y unos largos bigotes lacios. Le pregunté por Larriba.

–Llevo poco tiempo aquí, compañero, pero vayamos a ver a las cocineras. Son más veteranas.

Sus modales eran amables. Al seguirle le observé una ligera cojera.

–Ando renco, por eso estoy aquí –agregó como si se tratase de una excusa.

La cocina no era muy espaciosa, pero también utilizaban una especie de corralito contiguo para los menesteres culinarios. Estaba muy limpia y en un rincón se apilaban sacos de plástico blanco llenos de grano, sobre los cuales habían dejado varios troncos arracimados de bananos y unos montones de yuca y camote. Un par de ollas tapadas desprendían el tufillo de los guisos.

–Aquí preguntan por un tal Larriba, un español.

La cocinera era una mujer rotunda, casi negra, de nariz chata, abultados labios y enormes ojos. Sus rizos desbordaban el pañuelo rosa con el que se recogía el pelo.

–No recuerdo.

Entonces le enseñé la foto que me había dado su hermana.

–Esos ojos son inconfundibles –dijo la cocinera–. Pero se le ve más joven, y sin barba. Ahorita recuerdo que aquí le decíamos *Runga*.

–¿*Runga*? Vaya vaina.

–¿Por qué le hace gracia? –le pregunté al recepcionista.

–También le dicen así a un cuñado mío: *Runguita*. Porque aunque es chiquito, es bien peleón. La runga es como los compas llaman a los combates, cuando tienen que *peliar*.

–Al principio se tiraba en el albergue sus buenas semanas –añadió la cocinera–, pero ya luego pasaba menos. Pregunte al custodio. Eran muy amigos. Él fue el que lo bautizó como *Runga*, porque ellos solían platicar mucho de cuestiones de la guerra.

El recepcionista me acompañó hasta un cuarto repleto de literas. Tumbado en una de ellas estaba un hombre vestido, delgado, adormilado. Los pantalones eran militares y en la gruesa camisa marrón se marcaban rodales de sudor de los sobacos. Se llamaba Marcelo y le faltaban varios dedos de la mano izquierda. Se incorporó como si cargara un quintal en los hombros.

–¿Un café, hermano?

Asentí. Cogió una toalla pequeña, de difuminados colores gastados, se la echó al hombro y salió. En el cuarto había un póster en blanco y negro, un plano medio de un tipo con boina, mal afeitado, camisa con galoneras y la punta de un fusil pegada a su pecho. “Comandante Gaspar García Laviana. ¡Presente!”, se leía en la parte inferior de la fotografía.

Al poco, Marcelo volvió con la cara lavada y el pelo chorreando. Se sentó en la cama inferior de la litera y empezó a pasarse un pequeño peine negro sobre sus negros y lacios cabellos. También se atusó un poco el bigotillo.

–Ese hombre era pura jodedera. Siempre andaba haciendo chiles, riéndose –se refería a Larriba–. Al de la pared también le gustaba la broma, según me dijeron, pero a su vez, era muy recto, muy serio...

–¿Quién es?

–Un paisano suyo, de una zona que llaman Asturias. Cura y guerrillero. ¡Mera pólvora! Pero ya quemó. Cayó en una emboscada, antes del triunfo.

Hacía esfuerzos por acabar de espabilarse. Lo consiguió cuando la cocinera se presentó con dos tacitas de café, caliente, dulzón. Después de apurarlas y de acabar la historia del cura astriano, del “padrecito de los pobres”, contó que había conocido a *Runga* mientras se recuperaba de sus heridas y que Larriba se había portado muy bien con él.

–Siempre me invitaba a tomar, unos tragos, ya sabe, y yo se lo agradecía de veras, porque entonces andaba afligido, por lo de la mano. Imagínese.

Le habían volado los dedos de un tiro, por la parte de Matiguás, en la región de Matagalpa, en una emboscada de la que salió vivo de milagro.

–Allí perdí a muchos compañeros, y cuando me trajeron a Managua para curarme en el hospital, porque yo soy de un pueblito muy chiquito, San José de los Remates, departamento de Boaco. Su amigo fue entonces mi mejor compadre. Siempre lo tendré presente.

–¿Y dónde se encuentra ahora?

–Para mí que se volvió a España. Eso dijeron, aunque me extrañó que no se hubiera despedido. Tal vez la urgencia.

–Su familia no sabe nada de él.

–Ya de últimas no se le veía por aquí. Se quedaba en una casa que yo le busqué, donde un vecino de mi pueblo que se vino para Managua, don Pedro Castellón.

–Ya estuve allí. Dejó unas cajas con cosas suyas, pero nunca volvió a recogerlas.

Llegué a enterarme de muchos pormenores de Don Pedro Castellón, pero el rastro de Larriba se iba diluyendo en un sinfín de anécdotas y lugares, cuyos nombres fui anotando en mi libreta. Cuando lo dejé, Marcelo volvió a estirarse sobre la colchoneta.

Filomena, la cocinera, me obligó a tomarme otra taza de café mientras me contaba con pelos y señales, lo que parecía ser su objetivo: que Larriba había

tenido enamorada a una muchacha que había trabajado allí, con ella, en la cocina.

–Se llamaba Claribel, y era bien linda, de piel clara, ojos gatos, guayabuda de labios, fina de huesos, pero con sus buenas formas... –sus dedos seguían el discurso como los de una traductora para sordos, su mano acabó reposando en la cadera.

–¿Qué se hizo de ella?

–Desapareció de la noche al día, sin mediar palabra. Yo creo que su amigo le hizo un hijo y ella regresó con su mamá para tenerlo.

–¿Y el padre?

–Alguna promesa le haría, pero aquí los hombres son así. La enredan a una con promesas y luego...

Filomena proseguía y creí intuir, aunque yo no conocía los protocolos, que también me quería enredar a mí, pero no permanecí mucho tiempo en sus dominios para comprobarlo.

El salón de entrada, donde se encontraba la recepción estaba animado. Gente joven, con aspecto y vestimentas informales, conversaban en voz alta. Algunas mochilas en el suelo. El ambiente recordaba un *youth hostel* europeo o una *guest house* asiática. El recepcionista me recomendó un hotel cercano. No me costó localizarlo.

Un mozalbete en camiseta, pantalón arremangado y descalzo, me preguntó si quería una habitación con baño. Le dije que sí y le seguí por un largo corredor

de baldosas rojizas, muy limpias, con puertas numeradas. La cama me pareció confortable y me quedó frito al momento, pero al cabo de pocas horas me desperté. Era medianoche y el canto de unos gallos me acompañó un buen rato hasta que volví a dormirme.

En mis sueños, Laura, la hermana de Larriba, era una adolescente de incipientes pechos bajo un bañador con rellenos que los resaltaban. El agua se deslizaba por sus muslos relucientes y yo la empujaba por la espalda, a traición, y su omoplato se clavaba en mi mano, mientras la otra buscaba sus nalgas antes de que volaran hacia el agua de una piscina. Luego ella me perseguía... Me desperté cuando resbalé y mi ceja sangraba sobre un azulejo azul. Estaba empapado en sudor y los gallos seguían su concierto nocturno.

El taxista dijo que la Embajada quedaba muy lejos, en unas colinas situadas a las afueras de la ciudad, por la carretera de Masaya, y que si quería que me llevase tendría que pagarle la vuelta. Acordamos una tarifa que incluía la espera y el regreso.

La Embajada de España era una modesta villa con un punto de coquetería en las buganvillas de la entrada y el cuidado jardín.

Abrió la puerta un policía disfrazado con una inofensiva guayabera blanca que, después de preguntar por el motivo de la visita, desapareció tras una recia puerta blindada. El desnudo vestíbulo –en el que se debían de recibir pocas visitas pues no había ningún lugar para sentarse– estaba revestido de mármol blanco vetado.

El Secretario de la Embajada era un tipo joven, rubio, pelo al cepillo, estatura media y complexión fuerte. Vestía una impecable camisa azulada de manga corta que dejaba al descubierto unos antebrazos trabajados en el gimnasio, y corbata roja con puntitos verdes. Me recibió en su despacho, incorporándose tras una amplia mesa de madera noble y me tendió la mano haciendo ostentación de buena parte de la presión que podía desplegar. Miguel Márquez-Piñeiro parecía más un personaje extraído de un telefilm de apuestos y conquistadores agentes secretos, que un primerizo diplomático de carrera.

Mientras le exponía el objeto de mi visita, permaneció cejijunto, como si sopesara cualquier detalle y grabara todos los datos.

–Conozco el caso. Me encargó que le diera un seguimiento el propio embajador. Y hablé con la hermana de Alberto Larriba. Yo mismo la llamé en más de una ocasión después de que él saliera de la cárcel pero, como sabrás, nuestras gestiones fueron infructuosas.

–Laura Larriba, desconoce que su hermano estuvo en prisión, o al menos me lo ocultó.

–No nos pareció pertinente comunicárselo, para no inquietar más a la familia. Larriba ya había pagado por su delito.

–¿Por qué fue condenado?

–Homicidio involuntario y ocultación de pruebas. Mató a su mujer.

Traté de disimular mi sorpresa.

–Parece ser que, en una discusión de pareja, hubo una cierta violencia y ella se golpeó de modo fortuito la cabeza, muriendo en el acto. El agravante fue que Larriba ocultó el cadáver y dio excusas vagas sobre el paradero de la joven. Al cabo de poco tiempo de la desaparición, cuando ya se empezaba a investigar, él se presentó voluntariamente a la policía y lo contó todo.

–¿Cómo es que lo soltaron tan pronto?

–Le cayeron cinco años, pero por buena conducta y reducción de la pena por trabajo, lo dejaron en libertad después de apenas veinte meses. Pero, pondría la mano en el fuego, creo que tenía buenas influencias con gente importante del

Frente. Los sandinistas suprimieron la mayor parte de las instituciones de la dictadura de Somoza y la justicia la administran ahora otros tribunales que, aunque ya no son de los llamados populares como en los primeros tiempos de la revolución, sí tienen una extracción bastante afín al actual gobierno. Y Larriba tenía buena reputación entre algunos personajes que están ahora mismo en el poder.

Se notaba que Márquez-Piñero había trabajado con cierta dedicación el asunto Larriba y estaba dispuesto a ponerlo de manifiesto. Mientras continuaba hablando, consultaba a veces un portafolio que contenía, al parecer, parte de su dossier. Larriba llevaba casi siete años en Nicaragua. Había llegado como alfabetizador y había trabajado luego en un instituto y en algunos proyectos de cooperación. Pero lo más destacado era que le habían permitido enrolarse en los batallones de la milicia de voluntarios que se habían formado tras los primeros ataques de la contra, antes incluso de que se hubiera instaurado el servicio militar.

—Eso, hay que reconocerlo, tiene su mérito y, dada la situación, se valora mucho —continuó. Y por lo que respecta a su mujer, su ex mujer quiero decir, la familia de ella, unos modestos campesinos, parece ser que no cargaron las tintas e incluso llegaron a declarar en su favor durante el juicio, tal vez, dicen las malas lenguas, a cambio de una pequeña cantidad de dinero, pero que para ellos era una fortuna.

Márquez–Piñeiro parecía tener rollo para rato. Continuó proporcionándome datos sobre la los padres de la difunta, explicando que la zona donde vivían era una de las más afectadas por la guerra, que la contra les había matado a un hijo... También de las dificultades de los campesinos para sacar adelante las cosechas y hasta se adentró con unas pinceladas de geopolítica internacional. Sin embargo, todo ese cúmulo de informaciones parecía poner en evidencia su total desconocimiento sobre como dar con la pista de Larriba. Al cabo de un rato, Márquez–Piñeiro comenzó a reiterar las pausas, las muletillas e incluso a repetirse, y consideré que era el momento de iniciar la retirada.

Como despedida, me volvió a machacar la mano antes de acompañarme hasta la puerta principal.

–Yo, no le daría demasiadas vueltas al asunto. No creo que puedas hacer mucho más de lo que ya hemos hecho nosotros. En cualquier caso, me permito aconsejarte que no te aventures más allá de los caminos más trillados de las montañas del norte, por más que te digan que no hay peligro. En cuanto uno se aleja de la carretera Panamericana puede saltar la liebre en el sitio menos pensado. Ya hemos tenido más de un susto con la gente cooperante y nosotros en ese terreno, créeme, no podemos hacer nada.

–Lo tendré en cuenta –contesté.

–Te deseo suerte. Y, en cualquier caso, te agradecería que nos mantuvieras informados. Aquí tienes mi tarjeta.

Cuando salí de la Embajada el sol pegaba de lleno y el taxista, que había aparcado el coche bajo un frondoso malinche –una sombrilla arbórea festoneada de flores rojas–, dormía con las puertas abiertas, sobre los asientos traseros del vehículo.

Desperté al taxista dándole unos golpecitos en el hombro. Se incorporó con parsimonia, estiró y flexionó los brazos varias veces como si hiciera gimnasia, y se sentó al volante tras secarse el sudor con un trozo de toalla.

–Al Ministerio del Interior.

–¿Anda en complicaciones?

–No.

–De todos modos cuídese, maestro. Allí lo lían a uno.

En la frontal del edificio, mimetizados entre los árboles colindantes, varios uniformados –alguno tumbado bajo la sombra protectora de las copas con la espalda recostada contra el tronco, pero en actitud vigilante– dejaban transcurrir las horas observando a los transeúntes con indolencia. Uno de los policías que custodiaban la puerta me cerró el paso.

–Así que busca a un compatriota. Ese es su objetivo, ¿cierto? –me preguntó cuando terminé de explicarme.

–Cierto.

–Déjeme su pasaporte y espéreme aquí.

Se dirigió a un mostrador de aspecto similar al de la recepción de cualquier hotel. Detrás alguien descolgó un teléfono y estuvo hablando unos

instantes. El de la puerta anotó unos datos y cuando regresó le hizo una seña a otro policía que descansaba repantingado en un sillón de escay.

–Acompaña al compañero al despacho de Bolaños.

Lo seguí por las escaleras hasta un cuarto piso y luego a lo largo de un angosto corredor, hasta una puerta de chapa sintética sobre la que se había rotulado con pintura negra la palabra EXTRANJERÍA. Mi acompañante golpeó con los nudillos, varias veces.

–Adelante.

–Permiso, mi capitán –y me cedió el paso, cerrando luego y quedándose del otro lado.

La capitán Bolaños me indicó con un gesto que tomara asiento. La silla era dura, metálica y fresca.

–¿Qué se le ofrece?

Mientras iba desgranando una vez más los motivos de mi visita, aquella mujer, de unos cuarenta años, pelo corto algo ensortijado e incipientes canas, cuyos grandes ojos negros destacaban en un rostro de prominentes pómulos, me observaba tras unos espejuelos redondos, algo caídos, con los brazos cruzados. Su mirada, aunque relajada, cuando se posaba sobre algo concreto tenía la fijeza propia de la raza india y sus labios delataban algún antepasado africano. La capitán permaneció en silencio, con los brazos cruzados –la camisa verde olivo abotonada sobre las muñecas, balanceándose apenas sobre las patas traseras de su silla–, hasta que concluí.

–¿Cuándo entró usted en Nicaragua y cuál es su profesión?

Quedé un poco desconcertado.

–No se extrañe por mis preguntas. Es nuestra profesión.

–El cuño de entrada al país de mi pasaporte tiene dos días.

–Le seré franca. Nosotros también buscamos al mismo sujeto –afirmó con rotundidad–. Ahora bien, si es usted un oficial de la policía o un funcionario delegado por su gobierno, y el «ciudadano nicaragüense» –recalcó– Alberto Larriba tiene alguna causa pendiente en España, no tengo ningún inconveniente en que trabajemos juntos, siempre que su Embajada esté de acuerdo y de que todos pongamos las cartas sobre la mesa y compartamos información. En caso contrario, me temo que no voy a sele de mucha ayuda.

–No sabía lo de la nacionalidad y menos que la policía de este país estuviera de nuevo tras él.

–Veo que está muy poco informado. Larriba no tiene ninguna causa pendiente con nosotros, causa legal, me refiero, pero estaríamos muy interesados en dar con él y que aportara luz sobre ciertas cuestiones. Por cierto, todavía no me ha dicho a qué se dedica usted.

Me sentí reacio a entrar en la dinámica que la capitana Bolaños estaba imprimiendo a nuestra entrevista, porque me llevaba a otros interrogatorios, en otras latitudes, en las que uno tiene que medir desde los acentos hasta las inflexiones de voz, ya que frente a ti hay alguien que te está buscando las cosquillas y tiene el mango de la sartén, o la culata de una pistola, de su lado. Se

me ocurrió satisfacer su aparente curiosidad con una serie de tópicos que soltaba un viejo conocido que había trabajado en la clandestinidad política. Para que nadie supiese a lo que se dedicaba, cuando no tenía más remedio se presentaba como representante de vinos. Otras veces tuvo como cobertura legal un contrato firmado por una pequeña empresa fosforera, como representante de cajetillas de cerillas, lo que le permitía viajar por los pueblos sin suscitar sospechas. Valoré que en Centroamérica debían de conocer poco sobre el acabado de los néctares de la uva, y así se lo solté a la capitana.

–Interesante –contestó Bolaños, con un tono que me pareció que no se lo terminaba de creer–. Yo probé el vino en varias ocasiones, en tres concretamente. Las recuerdo perfectamente ya que fueron celebraciones significativas, para mí. Fue antes del triunfo –agragó como si fuera una disculpa.

–Cuando regrese a España le puedo enviar unas cajas. ¿Alguna predilección?

–Prefiero los negros. O tintos, como les llaman ustedes. Pero no se vaya a engañar, no le pienso dar mi dirección, y mucho menos entrar en chalaneos. Y ni se le ocurra pensar que unas botellas para paladares exquisitos, o cualquier otra chochada de esas, va a cambiar mi manera de actuar.

Me hice el ofendido y preferí que mi silencio fuera la respuesta que mi supuesta dignidad ofendida estrellara contra el rostro de la capitán Bolaños, impassible, terso y lavado como el canto de un arroyo. El crepitar de un ventilador colocado sobre una silla cercana acompañó la pausa que se permitió

la Bolaños, mientras ojeaba las páginas que llenaban una carpeta azul de cartulina descolorida. Las celosías de vidrio de la ventana matizaban la intensa luz exterior. Más allá, las amarronadas aguas del lago tenían el aspecto de una acuarela sucia sobre la que se erguía la silueta azulada, nítida y geométrica de un volcán humeante sobre la línea del horizonte.

Yo de usted –prosiguió la capitana–, disfrutaría de unas vacaciones y me olvidaría del tema. Nuestro país es muy lindo.

–No lo dudo, pero lo que me ha traído hasta aquí es un encargo –más bien una inquietud, un ajuste de cuentas con el pasado, pensé, sin manifestarlo–. Vine en busca de un amigo y tengo el compromiso personal con su familia, con la que me siento ligado casi desde niño.

–¿Recibió algún dinero como compensación?

–Considero que es un asunto privado, pero le puedo contestar que sí.

–¿Mantiene algún tipo de relación personal con ella?

Abrí los brazos en una expresión vaga, con la que seguramente transmití un cierto fastidio por lo inapropiado de la pregunta. No estaba dispuesto a confesar ante una oficial de la policía, por muchos galones que llevara, un amor platónico adolescente y mis primeros escauceos amorosos con Laura. Una vez, hacía bastantes años, pude mantenerme negando que la conocía durante las 72 horas preceptivas en las dependencias de la brigada político-social española.

–No crea que mi pregunta es baladí o que trato de inmiscuirme en la vida ajena. La suya, en este caso. Con las telenovelas tenemos bastante. Pero se da la circunstancia de que la señora o señorita Larriba...

–Señorita, que yo sepa –añadí con una mueca de sorna.

–Se da la circunstancia de que la señorita Larriba me habló –y no se molestó si le digo que en un tono que yo consideré algo melodramático– de la reciente muerte de su madre, y de la necesidad de encontrar a su hermano como condición necesaria para cobrar una parte de la herencia.

–Considéreme ajeno a esos avatares.

–Concretemos –continuó Bolaños mientras miraba su reloj sin disimulo–. Podemos concluir que su relación con los hermanos Larriba, no le supone un beneficio directo o indirecto de la cuantiosa herencia que les legó la madre.

–¿Cómo puede afirmar usted eso?

–Tenemos nuestras propias fuentes de información, al margen de las embajadas. Por otro lado, usted mismo ha declarado que recibió un dinero para su viaje a Nicaragua.

–Lo acepté pero hubiera venido de todas maneras. En cualquier caso, la cantidad es simbólica.

–Entonces, acláreme, por favor –dijo con cierto ríntintín–, qué le ha movido a desplazarse a un país en guerra como éste.

Me di cuenta de que ni yo mismo sabía muy bien lo que realmente hacía allí. Cualquier respuesta convencional no iba a satisfacer la suspicaz mente de

aquella hermosa mujer que se había autoproclamado mi inquisidora, amparándose en unos bastoncitos de latón que apenas brillaban sobre sus hombreras. ¿Buscaba reconciliarme con un pasado imposible de recuperar? ¿Unas raíces afectivas casi perdidas? ¿La fidelidad a unos valores de los que me había alejado hacía tiempo?

–Es usted un romántico. Pero mi trabajo consiste en velar porque no le pase nada y en convencerle para que deje este asunto en nuestras manos. Como comprenderá, tratamos de evitar cualquier roce diplomático con su país. En una guerra, a todos los amigos, aunque no sean del todo fiables –puntualizó–, hay que mimarlos. No es el momento de elegirlos. Pero sus movimientos, sus contactos, aunque usted no lo crea, podrían interferir en nuestras investigaciones, un tanto relajadas, todo hay que decirlo. Como comprenderá con los problemas que tenemos ahora mismo en esta jodida Nicaragua, el señor Larriba reclama poco de nuestros esfuerzos.

Me daba cuenta de que la entrevista estaba tocando a su fin y que no lograba acercarme un milímetro al rastro de Larriba. Sostuve la mirada de la capitana. Sus negros ojos eran grandes y ahora manifestaban cierta candidez, tal vez debido a la óptica de su ligera miopía, y contrastaban con la aspereza de sus preguntas, pese a la suavidad de tonos bajos, de su voz.

–Éste es un país muy pequeño y supongo que si ustedes quisieran ya habrían dado con él.

–Efectivamente, si estuviera en circulación ya lo habríamos localizado.

En esos momentos sonó el teléfono. El rostro de la capitán Bolaños se puso tenso. Parecía que estaba esperando esa llamada.

–¿Haló?

Yo apreciaba el chisporroteo del sonido al otro lado del hilo, pero me era imposible captar las palabras, mientras observaba para disimular la chimenea humeante del volcán.

–¿Y René está bien?... ¿Dónde?...

Una lágrima se deslizó por la mejilla de aquella mestiza enfundada en un uniforme que no cuadraba con sus rasgos, según mis parámetros. Algo grave le estaban comunicando. Ella tapó con la mano el micrófono del aparato, tal vez para evitar que se le escuchara un sollozo.

–Por favor, ¿puede aguardar fuera unos minutos? –dijo con cierta firmeza, recuperando momentáneamente la compostura.

Al levantarme, arrastré un poco la silla porque el sudor de mis piernas había traspasado el pantalón y se había quedado adherido al asiento. Procuré cerrar la puerta con delicadeza, porque no encajaba bien.

El pasillo era amplio. Lo recorrí varias veces y estuve observando la ciudad desde el amplio ventanal que se abría al fondo. En algunas casas cercanas criaban en los traspatios, lindados por alambradas, aves de corral. Las raíces de los árboles cercanos al Ministerio levantaban las aceras pavimentadas y sus bóvedas cobijaban la intimidad de las viviendas. En aquella zona, las acacias cubrían la parte superior de sus copas con un manto de flores rojas que

esperaban ser derribadas por la lluvia del trópico cuando finalizase la estación seca. Si mirabas más a lo lejos, predominaba la espesura vegetal de la que sólo sobresalían los pisos altos de varios edificios blancos y modernos, supervivientes de un lejano terremoto que tasajó la tierra y lo arrasó todo, náufragos sobre aquel manto arbóreo, solitarios en aquella inmensa estepa verde. Y sin embargo, allí abajo, entre desmontes, lagunas y grietas geológicas se agitaba una ciudad viva que parecía querer competir con la naturaleza.

Vi salir a la capitán Bolaños, pero se dirigió rápida hacia el otro lado del pasillo. Al rato regresó y me hizo un gesto para indicarme que volviera a su despacho. Cuando entré se encontraba de nuevo al teléfono.

–Prepáreme un carro con conductor y un escolta. Necesito el depósito lleno. Nos vamos al hospital militar de Jinotega... Como dentro de veinte minutos. No quiero que nos caiga la noche encima –y colgó.

Introdujo los dedos entre los lentes y los ojos, y presionó durante unos segundos, como necesitando concentrarse en algo que le era ajeno en aquel momento. Luego se los restregó y me miró con una tibia sonrisa. Se había lavado la cara, tenía las mejillas húmedas y algunas gotas de agua brillaban todavía sobre los mechones de su flequillo. Me sentí todavía más extraño y adiviné que la capitana estaría pensando, «¿qué hace éste tipo todavía aquí?»

–Volvamos a lo nuestro –continuó, pero se notaba que su cabeza estaba en otra parte y que mi causa le producía un cierto fastidio que se esforzaba en disimular–. Todavía le puedo dedicar unos minutos más. Su amigo Larriba no

nos preocupa de un modo especial. Pero, por su manera de ser y de actuar, tenemos sospechas fundadas de que puede haber caído en una trama manejada por la CIA, en la que puede haber infiltrado a varios de sus agentes. A los gringos les interesa desestabilizar toda la región para justificar una intervención militar generalizada en la zona, y les vendría de perlas poder demostrar que «presuntos sandinistas» con la ayuda de «internacionalistas europeos» –y si son vascos y dicen que son de la ETA mejor para el señor Felipe González– están pasando armas a la guerrilla de El Salvador a través de nuestra frontera con Honduras. Si hubiera por medio algún cooperante, les vendría de perlas. Se exigiría la renuncia del escaso apoyo diplomático europeo en foros internacionales y el cese de cualquier ayuda económica, que aunque sea mínima es, para nosotros, significativamente muy importante. Si todo esto se agita como un cóctel, se le añade el demonio cubano y el fantasma de la penetración de la URSS en el “patio trasero”, tenemos el pastel de cumpleaños más esperado por Ronald Reagan. ¿Me sigue?

–No demasiado –me daba cuenta de que aquella india me estaba dando sopas con ondas en política internacional y de que, pese a mis viajes y lecturas esporádicas de periódicos extranjeros, me había quedado estancado en la época de la zafra de los diez millones en Cuba, el final de Guevara en Bolivia y el Mayo francés.

–Pues me temo que no voy a poder darle muchos más detalles.

–Pensaba que los problemas de Larriba debían estar relacionados con la muerte de su mujer –le dije, tratando de aclarar un poco las cosas.

–El muerto es muerto, como decimos aquí. Él ya cumplió con la justicia. Nos preocupan mucho más los vivos. ¿Sabe que la contra tiene en estos momentos secuestrados a ocho cooperantes? ¿Sabe que los gobiernos de la Comunidad Europea andan propagando por las cancillerías que enviamos a los internacionalistas a los lugares más peligrosos –lo cuál es evidentemente falso– y amenazan con bloquear las escasas ayudas que nos envían? Como verá no tenemos tiempo para aburrirnos. Vuelva antes de marcharse y le diré si ha habido alguna novedad.

Bajamos las escaleras juntos. Al llegar al hall un soldado dijo:

–Tenemos todo preparado, mi capitán.

–Si está listo para ir hacia el norte, le podemos dar un raid –dijo a modo de despedida.

–Tendría que recoger primero las cosas que tengo en el hotel...

–Entonces, ni modo.

Hice un gesto con la mano en sien; aquel saludo mecánico que me obligaron a hacer tantas veces en la mili.

–¡Siempre a la orden! –respondió la capitana Bolaños con la mano extendida desde la ventanilla del asiento junto al conductor.

Días después pude apreciar que aquella expresión de despedida, había pasado a formar parte del vocabulario popular.

–Él se intentó suicidar.

–¿Fue usted quien lo trató, doctor? –pregunté.

–No soy médico. Sólo un psicólogo empírico que, entre otras cosas, se ha tenido que especializar en medicina de guerra –en su acento destacaba la sonoridad de algunas consonantes.

–Pero tengo entendido que lo atendió, que lo medicó... ¿Qué quiere decir con lo de empírico?

–Que carezco de estudios específicos, me refiero a nivel universitario, de titulación. Soy más bien un humanista. Por ejemplo, le podía citar de memoria algunos versos en su lengua: *ya no guardo ganado / ni ya tengo otro oficio / que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

–¿Los conoce?

–A diferencia de usted, carezco de formación humanística –contesté.

–San Juan de la Cruz, los místicos... ¿Se sitúa?

–Sólo por el santoral, doctor.

–No me llame así.

–Perdone, pero su bata blanca, los pacientes que aguardan sentados ahí fuera...

–Demasiados para mi capacidad. Pocos para como está el país.

Pese a estar sentado, Pereira destacaba por su altura. Ligeramente encorvado al apoyar los codos sobre la mesa, los rasgos de su cara eran delicados, como los de ciertos barbilampiños, y sus ojos extremadamente azules. Las paredes de la consulta eran de madera, sin que llegaran a las tejas, para permitir la corriente de aire. Además de la mesa y la butaca de Pereira, un par de sillas más, un póster sobre la transmisión de la malaria por el mosquito y su prevención, y una especie de camilla estrecha y baja, similar a una banqueta de gimnasio, de las que se utilizan para hacer pesas.

–Tal ve le estoy robando su tiempo –proseguí.

–No se preocupe. Me sobran las horas y me faltan los medicamentos más esenciales. De vez en cuando receto aspirinas contra la depresión.

–¿Y funcionan?

–A veces. Pero ni siquiera tengo las grageas necesarias para utilizarlas como placebo. Bueno, avancemos. Como le he dicho, su amigo intentó suicidarse. De lo contrario no hubiera llegado hasta mí.

–Podría explicarse un poco más.

–Salgamos fuera. Llevo demasiadas horas aquí metido.

Cuando reconocieron al doctor, varios enfermos se levantaron de su asiento, una especie de ritual que denotaba respeto. Algunos le tocaban la mano, o la manga de la bata, como si fuese un santón que les transmitiera energía. Un viejo desdentado, con profundos surcos en su rostro, alzó su sombrero de fieltro, descolorido. Un chico de ojos ausentes estaba recostado sobre una columna de

madera de las que sujetaban la porchada. Cuando pasamos por su lado, se acercó al doctor y caminó junto a nosotros, rozándose con él como si fuera un perrito faldero.

–¿Cómo estás Joaquín? –le preguntó Pereira.

El muchacho sonrió levemente y no contestó, pero continuó pegado a nosotros.

–Tengo la esperanza de que algún día diga simplemente «bien», o «tengo sed». No finge. Sin embargo, su amigo Larriba creo que sí fingía.

–¿Por qué tendría que hacerlo?

Pasamos a otro patio, más pequeño. En los postes que sujetaban la techumbre, algunos enfermos estaban atados con cadenas, con una argolla alrededor del tobillo. Todos llevaban la cabeza rasurada. Joaquín se puso a jugar con uno de ellos, aparentando que lo liberaba del candado, como un niño que hace una travesura con la intención de ser reprendido. Pereira aparentó enfadarse, mientras el encadenado permanecía tumbado en el suelo, el hastío de un felino enjaulado durante años reflejado en sus facciones indolentes.

–¿Le parecerá inhumano? –continuó al doctor.

–No sabría que decirle.

–Carecemos de ansiolíticos. Los pocos que llegan a los hospitales se utilizan a veces como anestésicos en operaciones quirúrgicas menores... Creo que le debo estar aburriendo. ¿Ve aquellas construcciones, allá enfrente, en mitad de la loma?

–Parecen establos.

–Puede que lo fueran en su día. Pero en la actualidad pertenecen a La Chácara, la penitenciería de Estelí. De allí trajeron una mañana a Larriba, aquí, al Centro Médico, inconsciente, empapado en vómitos de color verdoso.

–¿Cuándo intentó quitarse de en medio?

–¿Quiere que le cuente lo que pienso, o prefiere la versión oficial?

–Preferiría su opinión particular.

–A veces, pienso que lo mejor es no conocer. De todos modos, son deducciones mías, no demostrables...

Mientras hablaba, el doctor parecía cansado, o más bien su tono de voz era la expresión de un estado de escepticismo, de una impotencia acumulada día tras día. Explicó que cuando le trajeron a Larriba le dijeron que había intentado envenenarse con un matarratas. De madrugada lo encontraron inconsciente, helado y empapado en sus propios vómitos, verdes, como el contenido de la caja que tenía junto a él. Lo llevaron al hospital, le hicieron un lavado de estómago a conciencia y lo salvaron. Estuvo casi dos días sin volver en sí y, cuando despertó, estaba deshidratado y no quería comer. Tampoco pronunciaba palabra. Una semana después, se lo trajeron para que se hiciese cargo de él.

–Creo que simulaba una determinada patología –continuó el doctor–, aunque en mi ética no entra investigar, y mucho menos denunciar o acusar a nadie. Sólo atenderme a los síntomas o a lo que expresan los enfermos.

–Pero usted ha dicho que ingirió matarratas...

–Afortunadamente para su amigo, supongo que eso no fue así. Es una muerte muy dolorosa, terrible, medieval. En esta región, algunas mujeres lo utilizan tras un fuerte desengaño amoroso. Hemos tenido cuatro casos en el último año. Los hombres se quitan de en medio con un tiro en la cabeza, en el corazón, donde sea, aunque impera la tendencia de morir matando. A fin de cuentas, tanto aquí como en Suecia, pongamos por caso, la puesta en escena es una cuestión, en cierta manera, cultural. Cambia según el contexto, la geografía, los medios... Como las modas.

El doctor Pereira me confesó que había sentido una curiosidad «casi detectivesca, más que médica» por el caso, aunque su código deontológico particular no le permitió informar a los responsables judiciales sobre sus conclusiones. Según él, Larriba pudo espolvorear simplemente los polvos mortíferos sobre la parte externa de los labios, dejando que mancharan un tanto la camiseta. Pero lo que en realidad debió ingerir fue una gran cantidad de algún colorante verde, que mezclado con los jugos gástricos, una buena dosis de barbitúricos y mucho ron, lo sumieron en un profundo estado de postración y le provocaron intensos vómitos. Luego, aparentó durante un tiempo que tenía dañado el cerebro, imitando conductas conocidas como de «síndrome de guerra», que Larriba conocía perfectamente por haber tenido algún compañero de su batallón afectado de esa dolencia.

–Actuaba de un modo parecido a Juaquín, el muchacho que nos acompaña. Estuvo así más de dos meses –concluyó.

–¿Para qué?

–No sólo evitó el reingreso en la penitenciería, sino que logró una buena ración alimentaria sin tener que ganársela sudando, como el resto de los presos. Si se da un paseo por Estelí, los verá trabajando en la pavimentación de las calles, con una especie de uniforme azulón. Él sabía que carecemos de recursos para analizar lo que llevaba en el estómago y en la sangre.

–Me parece un riesgo excesivo.

–Estaba acostumbrado. Cuestión de adaptación, de supervivencia. El batallón al que pertenecía, todos milicianos voluntarios excepto los mandos, estuvo muchas veces movilizado. Había visto de cerca la muerte con frecuencia. Y eso, aunque se disimule o no se perciba superficialmente, daña la mayoría de los cerebros. A veces, una cierta actitud como de macho exacerbado, o el mismo miedo, hace que vayan a pegar tiros casi riéndose. Es una autodefensa, un disimulo, no sé. «¡La vida me vale verga!», dicen los muchachos, muchos casi adolescentes. Una bala, y lo peor, las torturas si caen en manos de la contra, están bien presentes en la parte más oculta de la mente.

El doctor hizo una pausa antes de continuar.

–Antes de que empezase a pronunciar palabra, a Larriba ya le habían dedicado a tareas de limpieza, una especie de terapia ocupacional. Luego, no sé bien por qué, empezó a clasificar los historiales clínicos, que estaban bastante desordenados y se perdían con frecuencia. Confeccionó unos legajos artesanales con cartón y cuerdas y, cuando nos dimos cuenta, sin apenas decir más que

monosílabos, se había convertido en el secretario del centro. Al cabo de casi un año, propusimos darle el alta médica, pero continuó viniendo a trabajar por las mañanas, y sólo de noche regresaba para pernoctar en La Chácara. Más adelante, cuando comenzamos las campañas de vacunación, se encargó de organizar la logística y ya no volvió a dormir en prisión prácticamente nunca. A veces las brigadas sanitarias debían de quedarse a pernoctar en los asentamientos perdidos de la montaña, por seguridad, evitando transitar de noche, pero la mayoría de las veces dormía aquí mismo, en un catre libre, o sobre el mero suelo. Jamás quebró la confianza y, pocos meses después, logró la libertad provisional. Se le consideró rehabilitado. Es la generosidad que tienen las revoluciones, al principio, cuando todavía han cumplido pocos aniversarios...

Pereira pareció meditar un poco sus propias palabras.

–Tengo entendido que su informe fue definitivo –continué.

–Yo diría que no. Sin sus influencias políticas no lo hubiera conseguido tan fácil. En cualquier caso, mi diagnóstico era falso: trastorno mental agudo transitorio, inestabilidad ciclotímica... Él nunca perdió la chaveta, como creo que dicen ustedes.

–Todo esto me resulta un poco... desconcertante.

–Tal vez porque su conocimiento de la realidad que vivimos aquí sea un tanto superficial. La guerra, el país, las costumbres... Salimos mucho en los medios de comunicación, somos portada de periódicos, pero las informaciones suelen ser irrelevantes, sesgadas: combates y cifras económicas, apañes y

estrategias políticas plagadas de adjetivos gastados y acuñados en otros contextos. La vida es mucho más compleja. Yo estoy aquí para tratar de sanar. Pero su amigo no estaba enfermo, ni era un peligro para nadie. Mejor libre que fingiendo.

–Me asombra, doctor. No dudo de su capacidad, pero en cuanto a su filosofía... Parece usted más un religioso que un terapeuta. Los versos que ha recitado...

–Vuelve a equivocarse. ¿Un místico nacido en San Juan de Courintiñas, cerca de Ouro Prieto, Brasil, perteneciente a una familia acomodada que adquirió tierras en las montañas más fértiles de Nicaragua? Cuando nos trasladamos yo tenía cuatro años y el café era oro, permítame la redundancia, oro negro cuando está bien cultivado, tratado, tostado. Luego me enviaron a estudiar la secundaria a Río de Janeiro: colegio privado inglés, fútbol en la playa, aquellas muchachas de las fabelas que luego eran las reinas del carnaval... Repetí un año y cuando acabé me matriculé en Psicología en una universidad californiana regida por jesuitas españoles. Estoy divorciado y tengo un hijo que vive en los Estados Unidos, y me gustan las mujeres tal vez tanto como lo que les tocaba fingir a algunos místicos.

–¿Y qué se le ha perdido aquí?

–¿Qué se le perdió a Larriba? Usted mismo, ¿qué busca en realidad?

–Yo, a fin de cuentas, estoy de paso –le repliqué a modo de excusa–.

Serán sólo unos días.

–Yo he perdido a un hermano. Lo emboscaron, lo secuestraron. No era militar. Sólo un especialista, un técnico, como yo... De todos modos, esta situación tendrá que acabar algún día.

Se paró, dio media vuelta y volvimos sobre nuestros pasos.

–Mi nombre es Eliázer –continuó– y mi segundo apellido Monteiro. Si vuelve por aquí, tal vez podríamos hablar un rato, con más calma, pero en una cantina y delante de una botella de ron. Temo que tendrá que disculparme.

–Sus pacientes...

–Mire esa bella hembra.

La mujer estaba de espaldas y paseaba por el corredor. Alta y esbelta, su cabellera ensortijada y espesa le llegaba casi hasta la cintura. La tela de su vestido era anaranjada, plagada de multitud de florecillas de varios colores y, cuando se giró, vi que se mordía con nerviosismo las uñas de la mano y que sus ojos gatunos brillaban con intensidad.

–Está casada y no está enferma, pero viene a visitarme y pretende hacer el amor conmigo. O eso creo yo. En el fondo todos fingimos

–¿Entraría dentro de su código deontológico?

–Piense lo que quiera.

Pereira me invitó a entrar de nuevo en su despacho, pero sólo para darme unas cuantas recomendaciones, aunque a estas alturas ya me parecieron meras formulaciones protocolarias que ya me habían recitado antes varias veces, y que a él no le interesaba si iba o no a seguirlas. Todavía empleó unos segundos en

citarme a unos cuantos amigos de Larriba, “que con toda seguridad lo conocen mejor que yo”, finalizó antes de despedirme.

Cuando salí al patio, me pareció intuir un mohín de fastidio, casi de ira contenida, en la bella mujer de pelo ensortijado que esperaba impaciente la visita del doctor.

Cuando la vi entrar por la puerta del restaurante Nahualí, supe de inmediato que era ella. Blusa de seda color canela, tal vez artificial pero de calidad, pantalón negro con raya, melena pajiza, limpia, ligeramente ondulada. Me levanté de la silla, hice una leve inclinación de cabeza y comprendió que yo era el hombre con el que tenía había concertado una cita.

–¿Me dijo que le dio mi teléfono Eliázer?

–El doctor comentó que mantuviste una estrecha amistad con Larriba.

–Ese Pereira... Doctores, hombres... Fingen ser cultos y acaban comportándose como en una telenovela. Odio el carácter latino. ¿Comprende?

–Lo normal sería que nos tuteásemos. Me resulta difícil...

Éramos de la misma generación. Suponía que ella tampoco había cumplido todavía los cuarenta.

–Pero no estamos en España, querido.

Sus ojos castaños trasmitían la densa quietud de algunas mujeres mediterráneas, pero la frialdad de sus palabras, rayando el desprecio, me mantuvieron vigilante, aparentando una timidez y una corrección formal de la que suelo carecer, sobre todo cuando se trata de asuntos no relacionados directamente con mi persona.

–Hace mucho tiempo que no se nada del señor Larriba. Es más, esa persona dejó de interesarme hace años –continuó–. Y usted, ¿a qué se dedica? ¿Qué anda haciendo por aquí?

–He recibido cierta cantidad de dinero para que lo encuentre.

–Por su manera de expresarse, cualquiera diría que estamos hablando de millones –ironizó–. No los vale.

–También fui amigo suyo, íntimo. Hace años.

–«Amor de lejos, amor de pendejos», que dicen los cubanos.

–Amores aparte, la madre de Larriba ha fallecido y ni siquiera se lo han podido comunicar. No sé que clase de relación mantuvo usted con él, pero suele decirse que ante la muerte, las diferencias personales deberían dejarse a un lado.

–Habla como un cura.

–Me eduqué con ellos.

Marta tardó un rato en responder. Sus palabras sonaron graves.

–No sé quién es usted y me tienen sin cuidado sus asuntos. No crea que me han conmovido sus argumentos. Si quiere que hablemos de muertos, cómprese un periódico y lea. Aquí tenemos docenas todos los días.

– Así estamos perdiendo el tiempo, los dos. Le propongo un pacto. Hablemos de Larriba unos minutos y le aseguro que desaparezco.

Pareció reflexionar. Sus rasgos se relajaron un tanto y su mirada se perdió en algún punto lejano, más allá de las paredes del restaurante. Cuando nos

servieron los tés fríos con una rodaja de limón, estuvo jugando con su vaso un rato, paseando el dedo índice por el borde del mismo. Luego rompió el silencio.

–Desde que salió libre, sólo lo he visto una vez.

–Pese a lo que sucedió, mucha gente sigue hablando bien de él.

–Pues lo conocen poco o evitan decir la verdad o, al menos, todo lo que saben. Tal vez como va pregonando que es amigo suyo... Aquí son muy mirados para ciertas cuestiones.

Marta pareció perder su distanciamiento inicial y empezó una especie de monólogo. En sus palabras había un cierto tono pedagógico.

–Las personas como nosotros, que vinimos a colaborar con la revolución, cambiamos mucho, sobre todo, si después de un primer tiempo decidimos quedarnos a vivir aquí. Vamos perdiendo la visión idealizada con que observábamos las cosas al principio y tratamos de ir adaptándonos. Pero en el camino es fácil dejar atrás muchos de nuestros valores, y no me refiero únicamente a los propios de nuestra cultura judeocristiana en la que fuimos educados, sino también algunos de los más personales. Los nicaragüenses, como cualquier otro pueblo, tienen muchas virtudes. Eso es lo que nos atrae de ellos. Pero también, muchos defectos. A menudo, creyendo que nos integramos mejor, cogemos sólo lo peor, porque las cosas buenas, son mucho más difíciles de que se nos peguen. Hay que mamarlas desde pequeños. Alberto y yo nos conocimos aquí en el ochenta...

Los ojos de Marta fueron adquiriendo un halo de tristeza, a la vez que el tono de su voz iba suavizándose, como si su relato la transportara a otra época, ahora recordada con nostalgia. Habló de como Alberto y ella se habían conocido durante la Campaña de Alfabetización que se llevó a cabo poco después del triunfo sandinista. Había que llegar a todas las zonas, especialmente a las más pobres y atrasadas, a todos los rincones de las montañas, de la selva, de las costas más remotas, de los algodones y las procesadoras de tabaco, los ingenios azucareros y los beneficios de café. Les tocó enseñar en dos asentamientos campesinos diferentes, pero en las reuniones de coordinación se juntaban en un pueblecito llamado Mozote, a unos cincuenta kilómetros al norte de Estelí, cercano con la frontera hondureña. Alberto empezó a cortejarla desde el principio, pero Marta no había venido a Nicaragua para echarse novio a la primera, ya con veintinueve años y la experiencia de un divorcio reciente. El trabajo de enseñar a leer y escribir a los campesinos era muy estimulante, el triunfo de los jóvenes guerrilleros, reciente, y se respiraba un ambiente de euforia que potenciaba la energía para transformar las cosas, para acabar con la miseria, para que todo cambiara a mejor. Recordó el entusiasmo en el trabajo, no sólo en la docencia, sino ayudando en las tareas agrícolas. Había mucho optimismo y era fácil contagiarse de él. También sentía que había caído bien entre aquella gente tan humilde, que era aceptada. El único inconveniente era que los muchachos, sus compañeros enseñantes, muchos de ellos estudiantes universitarios, andaban todo el día enamorándola, como decían los nicas. Los

chistes, las bromas y el galanteo casi diario la habían agobiado un poco al principio, pero sabía mantenerlos a raya y al final se fueron ajustando los papeles y despejándose los equívocos. Le asignaron vivir en la casa de una familia de campesinos en la que le prestaron un cuarto, y cuya máxima ilusión era instruirse para poder formar una cooperativa agrícola y dar educación a sus cuatro hijos. A no ser que quisiera perderse por el monte, había pocos lugares y momentos para la intimidad. Por eso, cuando bajaba a Mozonte, le gustaba encontrarse con Alberto, charlar con él, comentar las experiencias y los problemas desde otra perspectiva. Ellos dos eran los únicos extranjeros en aquella zona y era estimulante intercambiar opiniones y charlar de como percibían todo aquello. Alberto siempre era mucho más crítico y nunca estaba satisfecho con los resultados. Siempre quería elevar las metas, ir más rápido, llegar más lejos. «Los ciclos del campo son lentos, y el genoma humano es muy jodido», le solía repetir Marta. Entonces discutían, pero los argumentos de ella solían imponerse, ya que era dos años mayor que Larriba y había llegado a Centroamérica con una sólida formación política, consolidada tras un intenso activismo contra la dictadura franquista. Cuando llegaban a un punto muerto en sus disputas dialécticas, a menudo cambiaban de tema y no era infrecuente que acabaran hablando de los viajes de Larriba por Indochina o por África. Y de modo casi inevitable, cuando les entraba la morriña tras un par de cervezas o una media de ron, se imponía el tema culinario y pasaban de la tortilla de patatas al jamón serrano, de los arroces mediterráneos al cocido y la fabada, de las fiestas

de los pueblos remojadas con vino de la tierra a los embutidos con sabor a ceniza de las hogueras junto al mar, la noche de San Juan...

–Sin darme cuenta, acabé enamorándome de él, y en unas cortas vacaciones que tuvimos en mitad de la Campaña, nos fuimos juntos a una playa del Pacífico, a Poneloya. ¡Tremendas olas! Y allí empezó todo...

Calló de pronto y cambió de actitud. Me dio la impresión de que se arrepentía de haber hablado demasiado y, a su vez, su sinceridad me hizo sentirme un tanto incómodo. No me atrevía a proseguir indagando y procuré no mirarle a la cara. Cuando volvió a hablar, me pareció que se había puesto de nuevo el caparazón y que recordar aquellas vivencias todavía la afectaban.

–Voy a tener que marcharme.

–¿Qué hizo Larriba al salir de la cárcel? –insistí pese a su propósito.

–Tendría que seguir contándote cosas de su vida y milagros –no sé por qué razón inició el tuteo y se relajó un poco–, y no me apetece. Se me revuelven las tripas y no creo que te fueran de utilidad. Pero por lo que he oído, los que cruzaron algunas palabras con él cuando quedó en libertad, decían que era otro. Yo también lo noté cambiado, como si de repente se hubiera vuelto más viejo. Igual de loco, con ideas extravagantes, pero mucho más viejo y, desde luego, absolutamente desencantado. Eso sí, parecía que medía mucho las palabras. Pero sólo lo vi una vez y no hablamos demasiado.

Antes de que se levantara, tenía que pedirle a Marta que me echara una mano. El caso es que logré retenerla una minutos más.

–Te voy a ser sincera. No lo tienes fácil. No tengo ni idea por dónde puede andar. En una región rural, con pocas distracciones y poca televisión, a la gente le da por platicar, y si no saben, inventan. Y de ahí vienen ciertas fabulaciones. Algunos opinan que Alberto regresó está en España. También oí decir que se había alistado en el EPS con una identidad falsa y que andaba enmontañado a la caza de la contra. Otros aseguran que cayó en una emboscada y que su cadáver se pudre perdido entre los bejucos de la selva. Habladurías y chismes. Fíjate que hasta corre una especie de leyenda: como pensaba que esta revolución estaba empezando a burocratizarse y ya no se sentía útil en Nicaragua, se pasó a El Salvador, a pegar tiros con la guerrilla del Frente Farabundo Martí. Muy romántico.

–Y tú, ¿con que versión de todas te quedas?

–Supongo que está vivito y coleando, y que sigue haciendo lo que le da la gana sin contar con nadie. Puede que, mientras su familia lo busca, esté vagabundeando por algún país barato de Asia, o que haya montado algún negocio en cualquier país latinoamericano. Experiencia no le falta. Con el rollo ese de las oeneges y de la cooperación, creo que más de una vez hizo algún que otro *bisnes*.

–Me dejas más perdido que al principio.

–Me temo que no puedo hacer más. Fíjate que hasta he llegado a pensar que podías ser policía. Y yo, con la policía española, de momento, no me apetece tener tratos. Me trae malos recuerdos.

–¿Quién dijo que todos llevábamos un policía dentro? –ironicé para salir del impasse.

Marta miró su reloj.

–Podría darte algunas direcciones, pero lo más probable es que fueras de un lado para otro, dando palos de ciego. Desde luego, por esta región, hace tiempo que nadie lo ha visto. Los *cheles*, somos cuatro gatos y nos conocemos todos, y los nicas cuentan de unos y de otros como si fuéramos todos de la misma panda.

–Cada vez parece todo más confuso.

–Pues para que vayas aterrizando te voy a dar un par de consejos, gratis. Siempre que me los aceptes sin molestarte.

Asentí con la cabeza.

–El primero. Si andas de aquí para allá, preguntando al tuntún, puede que te confundan con uno de la CIA. Los gringos han infiltrado a alguno de esos angelitos con cara de inocente y de no haber roto nunca un plato, pero que, en realidad, lo que andan investigando en sus correrías es el número de Katiuskas soviéticos operativos, la nacionalidad de los pilotos de los helicópteros, y cosas por el estilo. Y tú llevas la misma pinta de despistado, con esa camisa blanca, tan planchadita... Pareces un mormón.

Marta acabó sonriendo. Se reía de mí y no me molestaba; al contrario.

-Hay va el segundo –continuó–. ¿Sabes que el periódico que has comprado está financiado por los Estados Unidos?

Miré la mancheta. LA PRENSA venía impresa en letras grandes. Más abajo el titular central: *Monseñor Obando ora por la reconciliación de todos los nicaragienses.*

–Recomiéndame otro –le dije a Marta–. Éste lo llevo varios días bajo el brazo, casi sin abrir.

–No hay mucho donde elegir. Sólo hay tres diarios, y tú has dado en el clavo. Has ido a parar al de la derecha pro intervencionista –dijo mientras se levantaba de la mesa–. Te dejo que me invites. Supongo que andarás con dólares frescos. Aquí cunden mucho.

Nos despedimos en la puerta del local y Marta desapareció caminando calle abajo. Estuve deleitándome en los movimientos de sus armoniosas caderas hasta que se fueron sumergiendo en la pendiente.

Decidí acercarme paseando hasta el parque. Al sentarme en uno de los bancos de hormigón del jardín, observé que una de las torres de la catedral estaba agrietada. Una mujer había preparado una parrilla cerca de donde me encontraba y sentía el tufo a carne chamuscada cuando el aire cambiaba de dirección. Me levanté para evitarlo y entonces escuché a un mozalbete que voceaba con rítmica insistencia:

–¡Última hora! ¡Un piloto gringo derribado y apresado por un chavalo!

Me acerqué hasta donde estaba. Acarreaba un fajo de periódicos casi más grande que él.

–¿Qué diario llevas?

–La BARICADA y EL NUEVO DIARIO, señor.

–¿Y cuál crees que es mejor?

–Por ahí anda la cosa; *maomeno*. Pero creo que el NUEVO DIARIO trae más información.

–Pues dame uno.

–Son dos pesos.

–Gracias, compañero –dijo cuando le pagué.

Leí el titular: *Es derribado un DC-3 que pertrechaba a la contra.*

Ocupando toda la portada, la foto de un muchacho de la edad del que me había acabado de vender el periódico, caminaba delante de un hombre el doble de grande que él, al que llevaba amarrado con un soga al cuello. *El piloto Eugene Hassenfus, revela que los vuelos son dirigidos por la CIA y proceden de bases de El Salvador y Honduras*, se leía a pié de foto. Tiré el periódico atrasado a un bidón de gasolina, vacío y oxidado, que hacía de papelera. Si de momento, en la búsqueda de Larriba estaba moviéndome en un lado de la trinchera, en una situación tan polarizada, no era cuestión de generar susceptibilidades fáciles de evitar.

Me volví a sentar, ahora más lejos de las fumarolas de los improvisados puestos de comida que habían surgido en un lado de la plaza, y continué hojeando el periódico, aprovechando la última luz del día. Otro niño se me acercó acarreando una artesanal caja de madera, adaptada para el oficio de limpiabotas.

–¿Lustra, maestro?

–No lo necesito.

–Son sólo cinco pesos.

–Antes me tienes que decir que le pasó a la torre de la iglesia. Parece que se vaya a caer. ¿Fue un terremoto?

–¡Ni quiera Dios! Eso fue en Rivas, en el sur. Aquí no hay problema. Esta tierra es tranquila. Fueron las bombas somocistas, con los aviones. Es lo que dice mi madre. Yo era un cipote y casi no me acuerdo.

–Te cambio la limpieza por una comida de las fritangas de ahí. La que más te guste. Una para ti, y la misma para mí.

–No ando reales.

Le tendí dos billetes de diez pesos.

El chaval se alejó corriendo, dejándome en custodia sus herramientas de trabajo. Al poco llegó con unos retales de hojas recortadas en cuadrados a modo de platos, sobre las que había comida caliente.

–¿Qué es esto?

–Vigorón. Lleva chicharrones de chanco, yuca y repollo.

–¿Y las hojas?

–Son de banano, pero bien lavadas.

Dimos cuenta rápidamente de la pitanza mientras conversábamos. Martín había dejado sobre el banco otra bolsita de plástico.

–También me alcanzó para esto –dijo ofreciéndome una especie de pequetitos humeantes.

El envoltorio vegetal eran unas láminas de un verde parduzco que debían haber hervido en agua después de ser atadas con unas cintas vegetales, una especie de cuerdas más claras.

–¿Qué son?

–Nacatamales. Pero dijo la doña que se le acabó el chanco y los tuvo que rellenar con carne de res, arroz y un poco de chile. ¿Está rico?

–*Maomeno.*

Seguimos platicando un rato. La mamá de Martín lavaba en el río la ropa de otra gente con más recursos, la planchaba en casa y él se encargaba de distribuirla de nuevo a sus propietarios. Aunque iba a la escuela, también ayudaba con la limpia de zapatos, ya que tenía dos hermanos pequeños. Su papá se había ido para los Estados cuando Martín era muy chico, y no lo había vuelto a ver. También habló de su hermano mayor que había sido un famoso guerrillero al que apodaban Pluma Negra, porque en la montaña solía llevar una pluma de pollo en el sombrero, pero que ahora andaba trabajando en Managua, aunque venía a veces o les mandaba reales.

Dimos buena cuenta de nuestra pitanza.

–Si quiere le limpio ahorita mismo –propuso Martín.

–Ya hicimos un pacto.

–¡Va pues! ¿Qué le pareció la comida, maestro? –me preguntó mientras pasaba un brazo por la posadera del pie de su caja, como si fuera la cincha de una mochila.

–Muy rica. ¿Ya ti?

–Sabrosa –y desapareció ágil con su abultada carga.

Y en aquel banco, la noche me fue cayendo primero sobre las letras del diario, luego sobre las torres de la catedral y, al final, logró enmarañar mi alma.

El recinto era fresco y permanecía casi en penumbra. En la espera, después de unas horas de viaje en autobús, de pie, apretujado y acosado por achuchones y sudores, el cansancio me venció y me quedé adormilado. No sé el tiempo que estuve en ese estado, pero cuando me despabilé un poco tuve la sensación de que alguien me observaba. Permanecí sentado en el banco de la iglesia y fui recorriendo con la vista los rincones oscuros y las escasas imágenes que la poblaban. Entonces me pareció percibir una leve respiración, lenta y carrasposa, como de animal enfermo. Me levanté y me dirigí hacia el altar. Algo se movió y una sombra se alzó desde un rincón de la tarima, acompañada de una voz potente:

–No se preocupe, ya bajo.

Descendió los peldaños del estrado de madera y se quedó plantado delante de mí.

–Antes de presentarnos, daré un poco de luz –continuó.

Se acercó a uno de los altos y estrechos ventanales, que llegaban casi hasta el techo, abrió unos centímetros la contraventana y por la rendija penetró una violenta lanza luminosa. Cuando lo volví a tener cerca, pude observar su enjuta figura, endeble más bien, y que tenía una amplia quemadura en una de las mejillas. Me tendió la mano y, al estrecharla, percibí que sus huesudos dedos no

se estiraban del todo. Rondaría los cincuenta y sus ojos fulguraban, como los de algunos alcohólicos, pese a la semipenumbra.

–**Así es que viene tras la pista.**

–En efecto, padre Teodoro.

–Llámame Teo. Aunque algunos se empeñan en seguir llamándome padre.

–¿Le molesta?

–Si son creyentes, si de verdad piensan que tengo algún don que compartir con ellos, no. Pero no es tu caso.

–¿Cómo lo sabe? –pregunté extrañado.

–Sé algunas cosas de ti. Que has estado en la Embajada, en la Seguridad del Estado, rondando por muchas partes... Y que en el autobús del medio día en el que llegaste, estuviste platicando con una muchacha alta, **Mónica**. Y además, que no eres creyente –respondió con seguridad.

–Debería cambiar la profesión y hacerse adivino.

–No tengo que adivinar nada. Me basta con escuchar a mis feligreses.

–¿Fue Larriba uno de ellos?

–No logré convencerle. En ese terreno era una oveja perdida, como tú. Pero me atrevería a afirmar que, en más de una ocasión, fuimos «compañeros de viaje».

La energía del timbre de su voz contrastaba con su fragilidad física. Se había dejado crecer una barbita rala, hirsuta.

–¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

–No sé. Yo te he estado observando unos veinte minutos. Estaba dándome un baño cuando llegaste. Como no tenemos agua caliente, suelo evitar la noche y aprovechar las horas de más calor. Mi salud está un poco maltrecha. Le dije a la doméstica que te hiciera pasar al templo, porque es el lugar más fresco. El techo de uralita de la casa es de uralita. ¡Imagínate!

–¿Y por qué no me despertó?

–No había ninguna prisa. De todos modos, no vas a encontrar lo que buscas. La persona que conociste ya no existe. Mejor descansar y reponerse. Tú tampoco eres el mismo.

–Todos cambiamos. ¿Qué más sabe de mí?

–Como comprenderás, sólo lo que Larriba me comentó. Algunas travesuras de niños, esa especie de hermandad adolescente que nace mientras se practican deportes de riesgo, los primeros bailes y escarceos amorosos... En fin, los ritos iniciáticos. Luego alguien os inició en actividades políticas clandestinas, las únicas decentes en aquel régimen que nos tocó soportar, llegaron las detenciones, las sospechas de delación, los anatemas sectarios, el enamoramiento de la misma mujer... Vuestras vidas giraban demasiado deprisa, también un tanto erráticas, y se inició un movimiento centrípeto... Recuerda que tú te largaste primero, al poco de salir de la Modelo, con la provisional.

–Siempre fui dejando rastros...

–Entonces, por qué te largaste.

–Estaba roto, tenía miedo de volver a chirona, el ambiente me era hostil. Además Larriba se había ido a Francia con mi novia. ¿No le contó eso?

–Algo comentó, pero no lo consideraba muy importante. Aquello duró poco y él pensaba que el amor de tu vida era su hermana.

–¿Laura?

–Sí.

–¿Es cierto?

–No sé. En aquel tiempo... ¿Qué piensa Larriba de mí?

–Que todavía no lo has perdonado. Tal vez por eso lo buscas. Ten en cuenta que tú desapareciste del mapa antes que él. Y Larriba lo respetó. Deberías hacer lo mismo.

–Yo tuve que huir. Es muy diferente.

–**Alberto** también está huyendo. Antes o después, todos huimos.

–¿Y usted de qué huye, Teo?

–He tenido mis motivos pero, con el apoyo de Jesús, el Mesías de los pobres, he logrado frenar esa tendencia. Tú deberías encontrar también algo que lograra detenerte, reflexionar, indagar nuevas rutas... La clave está dentro de ti, y sólo tú puedes encontrarla.

–Antes necesitaría dar con Larriba, y me temo que esta charla deriva por senderos demasiados metafísicos. Podíamos concretar un poco.

–Mi misión es ayudar al prójimo. Pero, si el hombre que conociste ya no existe, ¿a qué buscarlo? Hace bastante tiempo que no se nada de él. Cuando quiera, ya dará señales de vida. ¿No crees?

–Su madre ha muerto. Y su hermana necesita localizarlo para poder disponer de una parte de la herencia.

–Materialismos, dinero, riquezas. Siempre tropezamos en las mismas piedras.

–Debe ser cosa del genoma –añadí recordando las palabras de Marta.

El silencio del sacerdote pareció una concesión. Luego se le escaparon unas toses ásperas, intermitentes, que él trató de amortiguar tapándose la boca con la mano.

–¿No tendrás un cigarrillo? –pidió.

–Lo dejé hace cuatro años... y siete meses.

–¡Buena memoria! Cuando a uno le pica... Cualquier día lo dejo yo también –dijo sin demasiada convicción.

–Tengo entendido que celebró la boda.

–No podía negarme. **Aleida**, su mujer actual me lo pidió con lágrimas en los ojos. Era una manera de acelerar que saliera de la cárcel. Tuve que bajar a Estelí porque no le dieron permiso para venir aquí, a Ocotul. La celebramos en una capilla improvisada en la penitenciería, para que el acto pasara desapercibido. Pero ni aún así; los padres de ella no quisieron venir. Me dice mi

compañero de Rivas, que desde entonces no han vuelto a pisar la iglesia. Y son buenos cristianos; muy buena gente.

De nuevo la cantinela de toses y cuando se recuperó, su tono era casi un susurro, como si estuviera confesándose.

–Los sacerdotes también tenemos corazón, y hormonas y todo lo demás. Y yo siento, sentía, una especial debilidad por aquella muchacha. Una inquietud reprimida, claro está. Desde hace muchos años mantengo mi castidad inmaculada. Procuré aconsejarla, que esperase un tiempo antes de celebrar el sacramento, porque la muerte de **Yasmira**, su hermana mayor, estaba todavía muy reciente, pero Aleida insistía e insistía... Es tan cabezota como la otra, e incluso utilizaba un tipo de coqueteos, discretos, contenidos, sutiles, pero tal vez por ello más eficaces, a los que sabía que era vulnerable. No sé por qué le cuento todo esto...

–Los curas también necesitan confesarse –dije recurriendo al tópico.

Después de unos segundos, con palabras cansinas, como si recitara una letanía, continuó, aunque dando un salto temporal.

–Larriba tenía fama de mujeriego, como cualquier nica que se precie y pueda, pero Yasmira se lo había dejado muy claro desde el principio: «ella no era mujer de compartir varón». Y lo mantuvo a raya hasta que él entró en sus planteamientos, le juró que sería la única y se fueron a vivir juntos. Aquella muchacha siempre fue una persona muy comprometida, muy activa; era militante del Frente, estudiaba para enfermera, participaba en las reuniones de

mujeres, daba charlas e, incluso, era movilizada a veces. Tenía el carácter muy fuerte y una belleza poco convencional, algo agreste, que subyugaba. Se fijó en Larriba y lo cautivo. Nunca se casaron, pero para mí aquella unión era un auténtico matrimonio.

A partir de ese punto, el cura empezó a dispersarse con unas reflexiones sobre el significado del sacramento.

–Pero, ¿les iba bien? –le corté.

–Todo el mundo pensaba que hacían buena pareja. Hasta que ocurrió aquello, en Corn Island, la Isla del Maíz... Aquel desdichado accidente.

Parecía que Teo estuviera sufriendo, recreando mentalmente unas escenas que no pudo ver, que nadie pudo ver, excepto Larriba. Luego agregó que Aleida tenía idealizado a Larriba, al que había conocido por la relación con Yasmira, siendo ella apenas una adolescente, y durante su estancia en la penitenciería, empezó a visitarlo con frecuencia, hasta que finalmente acordaron casarse. Según Teo, el matrimonio salvó a Larriba de una muerte más que probable; los hermanos varones de la difunta habían proclamado que iban a ajustarle las cuentas. Y en aquel país, la gente estaba acostumbrada a ejercer su propia justicia y la mayoría tenía un arma debajo de la cama.

–Debo estar cansándote –concluyó.

–En absoluto. Pero ha eludido lo más importante para mí: ni una sola pista sobre el actual paradero de Larriba.

–Ya te habrás dado cuenta de que si la tuviera, no te la proporcionaría.

Pasados unos segundos, insistí.

–Dígame, al menos si, está vivo.

–Creo que sí; pero no lo busques. Aunque lo tuvieses delante de tus narices, casi seguro que no lo reconocerías. Es como si se hubiera hecho la cirugía estética. He visto fotos en las que estabais los dos, con Laura, con las motos y aquella otra muchacha, Mabel creo recordar que se llamaba...

Aquel sacerdote estaba abriendo una llaga que yo creía cerrada. Notó mi confusión, hizo una pausa y ya no prosiguió. Poco después dijo que tenía que irse, pero que me dejaba en la iglesia porque, tal vez, me vendría bien meditar un rato. Y que no me preocupara por la cena o dónde pasar la noche. Él se ocuparía de todo. Abrió un poco varios ventanales para que entrase la luz de la tarde y desapareció como un fantasma.

Pude contemplar los colores rosas y azules pálidos de las paredes del recinto, distribuidos de un modo caprichoso, como si los hubiera pintado un niño sobre una hoja de papel. Entre los huecos de las columnas, unas largas cortinas como de gasa blanca, recogidas con un lazo cerca de la parte inferior, tamizaban los rayos solares. Tras el altar, en una peana, un Cristo sufriente elevaba los ojos al cielo, suplicante. En los laterales, una virgen celeste rodeada de ángeles y un santo que no supe identificar. En las alas adyacentes a la central, pequeños murales de pintura naïf con las escenas de un Vía Crucis.

Me dolía la espalda, estaba cansado, y me entraron unas ganas tremendas de tumbarme en el suelo de cemento pulido, bien fregado y fresco, y que las

ideas se me asentarán. Necesitaba estar solo y reflexionar. Una voz interior me decía que empezaba a ser hora de abandonar, de regresar a casa. Ya había acumulado suficientes datos y excusas ante Laura.

No sé cuánto tiempo estuve tirado así, con las manos bajo la nuca, hasta que apareció la mujer que me había abierto la puerta, la **asistente** del cura, que me anunció con discreción que la cena estaba servida.

Dos de las paredes del comedor estaban cubiertas por estanterías de madera repletas de libros y carpetas. La mesa rectangular y larga le daba el aspecto de una modesta sala de reuniones. Teo estaba esperándome fumando en pipa, de pie junto a la ventana. Los dos platos servidos sobre salvamanteles de varitas de caña, contenían frijoles, arroz y un par de huevos fritos, raquíuticos, como si se hubieran encogido al contacto con el aceite o la manteca. Además, un jarro de agua, dos vasos y una fuente repleta de mangos, guayabas y unas frutas pequeñas que había probado en un mercado, los nancites.

—María nos ha conseguido pan blanco —dijo Teo a modo de invitación, señalando una canastilla con panecillos de los que, de chico, solíamos llamar de leche.

Realmente, era la primera vez que comía pan en aquel país, normalmente sustituido por las tortillas de maíz. Al probarlos me resultaron un tanto dulzones, pero acompañaban bien untándolos en los huevos.

Después de la cena Teo tomó de un estante una botella de ron dorado y estuvimos hablando de todo un poco, dejando que el alcohol se diluyera en nuestras venas. Luego empezaron las **confesiones**.

Teo había iniciado ya en el seminario su acercamiento a las doctrinas sociales progresistas que iban abriéndose paso en el seno de la iglesia católica de principios de los sesenta. Rememoró con detalle la profunda impresión que le causó una visita guiada a los Altos Hornos de Vizcaya, propiciada por uno de sus profesores con el objetivo de que pudieran apreciar las duras condiciones de trabajo de los obreros: los seminaristas vestidos con sotana, los obreros enfundados en sus monos, las caras tiznadas de unos, los gestos cohibidos de los estudiantes, la mutua observación de dos mundos radicalmente diferentes, separados, distantes.

Una vez ordenado, la primera parroquia fue un barrio obrero de Getafe. Allí le había tocado en suerte un párroco tradicional pero tolerante, a punto de jubilarse, y otros dos curas vascos, dos mocetones de buen apetito que se habían puesto a trabajar de albañiles porque decían que no podían estar todo el día con la iglesia vacía y cruzados de brazos, ya que eran de buen comer y que con lo que les daba el obispo, sin tocar el cepillo, que no les alcanzaba. Esa era la excusa que se habían urdido para ponerse a trabajar en la obra. Influenciado por la atmósfera de aquella parroquia, y por el grupo de jóvenes organizados en la JOC, la Juventud Obrera Católica, que le fueron asignados, fue como, intentando ser consecuente con lo que predicaba, entró a trabajar en una pequeña fábrica de

tornillos. Y de allí, pasó paso al movimiento obrero que trataba de reorganizarse en la clandestinidad, hasta que, transcurridos los primeros años de la transición pidió ser trasladado a Latinoamérica.

–Y aquí me tienes, en Ocotil, tierra de ocotes en lengua náhuatl, esto es, tierra de pinos. Aunque podrás comprobar que las multinacionales ya se han encargado de que no quede prácticamente uno.

Yo preferí comentar anécdotas de las largas temporadas que había estado embarcado durante los últimos años, los días transcurridos tumbado entre el camastro del camarote y la monotonía claustrofóbica de la sala de máquinas. Cuando salías de aquella ratonera, la infinitud del horizonte marino te daba un poco de vértigo y te hacía percibir con más contundencia la sensación de soledad.

Como Teo mostraba en el lado izquierdo de la cara con unas ostentosas quemaduras, alcé un poco las greñas que me tapaban las entradas del pelo y le mostré la cicatriz.

–Me la provoqué con un soplete. Fingí que me había electrocutado con unos cables. Estaba trabajando en Liverpool e intenté reunirme unos días con Laura en Bilbao. Después de dos en observación hospitalaria, me dieron una baja temporal. Zarpó el barco, tomé un avión y disfruté de un par de semanas magníficas en un pequeño hotel en el casco viejo.

El recuerdo de Laura Larriba me llevó de nuevo a su hermano, pero Teo parecía decidido a colaborar en la leyenda un tanto oscura que envolvía al personaje, más que en devolverlo a la luz desmitificadora de la realidad presente,

Habíamos apurados varios vasitos de ron, a palo seco, y sus efectos se mezclaban con la nostalgia. Teo cargó de nuevo su pipa, pero el humo y el silencio comenzaron a levantar un sólido muro entre los dos, cada vez más difícil de franquear. Poco después me acompañó hasta una estancia contigua, a la que se accedía saliendo a un pequeño patio. En una amplia habitación, un buen número de recias literas de madera estaban distribuidas de modo aparentemente laberíntico, buscando la mayor rentabilidad del espacio disponible.

–Elige la que quieras. Todavía no han llegado –dijo Teo.

Esperaba a un grupo de catequistas, *Propagadores de la Palabra*, procedentes de las comunidades campesinas, que se instalarían allí durante todo el fin de semana para asistir a unos cursillos de formación. Escogí una inferior, junto a una de las ventanas.

–Si quieres leer un rato, deja tus cosas sobre el colchón y te vienes al comedor. Aquí casi no hay luz. Nadie tocará nada.

–Estoy demasiado cansado –le dije a modo de excusa.

Dejé la bolsa bajo de la cama y me estiré sobre la única sábana, vestido. Al rato, un tigre perseguía a un grupo de macacos en una llanura de ralas acacias y pastos altos, pero los primates eran muy hábiles y no sólo escapaban trepando

entre las ramas, sino que se reían del felino –que tenía mi cara–, armando un gran estruendo. Éste apenas podía aguantar su compostura, pero simulaba continuar siendo el rey de aquel territorio, aunque se iba debilitando y cada vez le era más difícil trotar. También sentía una sed tremenda...

Me desperté empapado en sudor. La luz estaba apagada y a mi alrededor pululaban con sigilo unos hombres bajitos, con sombreros de paja y gorras de visera, pero que tenían la cara de los monos de mi sueño. Me di la vuelta, casi asustado, y traté de continuar durmiendo. Y el sueño continuó. Ahora el felino estaba herido en una pata y los monos ni siquiera se reían de él. Pululan a su alrededor con indiferencia, mientras la fiera se alejaba avergonzada, en busca de un lugar donde ocultarse. Uno de los monos me rozaba el hombro y no pude girarme porque tenía su boca pegada a mi oído.

–Disculpe, patrón. Su amigo se encuentra en La Magdalena, un asentamiento cerca de San Fernando.

Cuando me di la vuelta, el campesino había desaparecido. Apenas podía discernir si lo que había escuchado era verdad, o formaba parte de mi pesadilla. Miré el reloj; dos de la madrugada. La atmósfera del cuarto estaba cargada, se escuchaban potentes ronquidos y sentí necesidad de respirar aire fresco.

En el estrecho patio, entre las ramas del mango cuyos frutos había comido esa noche, multitud de estrellas parecían manchar el firmamento.

–Yo no me lo pensaría dos veces, compadre. Súbase y no le ponga mente.

–Pero, ¿va para San Fernando?

–¡Cómo no! Vamos a Jalapa. Hay que pasar por allí.

Tiré mi bolsa en la tina de la camioneta y me encaramé como pude, pues ya estaba en marcha. Un viejo sentado en el borde metálico de la caja, me echó una mano.

–No sé quién los corre, ¡carajo! –gritó, y no volvió a abrir la boca en todo el trayecto.

El viejo se sujetaba con sus fuertes manos, tan renegridas como su cara, surcada por profundas arrugas. Consideré más prudente permanecer de pie, agarrado a una barra que sobresalía sobre el techo de la cabina, a la que venían amarradas por los cuernos dos grandes vacas, con giba, que se espatarraban para

guardar el equilibrio entre bache y bache, mientras me miraban con sus ojos de espanto y resignación.

El sol todavía no se había dejado ver y volábamos por una pista de tierra. La humedad de la noche contenía el polvo y el aire frío helaba la piel bajo la camisa. Pasamos varios poblados, cruzamos algunos puentes y, en un par de ocasiones, tuvimos que vadear ríos poco crecidos. Tras casi dos horas de viaje, el viejo golpeó varias veces la chapa con la palma de la mano.

—¡Párenlo, párenlo! —ordenó—. Aquí, se apea —continuó dirigiéndose a mí.

Le hice un gesto en señal de asentimiento. Cuando le di la mano, soltó:

—¡Apúrese!

Salté a tierra y cogí mi equipaje, al tiempo que el vehículo reiniciaba la marcha, acelerando.

—¡Al suave!, ¡al suave! —todavía escuché decir al viejo.

Me encontraba ante un descampado con vocación de campo de deportes en el que raleaban unas manchas de hierba. A un costado se alzaban varias casitas azulonas, verdes, granates, y al fondo la iglesia con un chaparro campanario. Excepto unos pollos que trotaban alegres, no se veía a ningún lugareño. Me encaminé hacia una de las casitas que tenía la puerta abierta bajo un cartel: TIENDA DE ABARROTÉS. Entré. El género más a la vista lo componían refajos de cuerdas, machetes de más de medio metro de hoja de los que utilizaban los campesinos en su trabajo, siempre pegados a sus cuerpos, y

aperos de labranza. Detrás del mostrador, unos estantes poco abastecidos con montoncitos de latas, velas, candiles, jabón, decenas de cajitas marrones sin etiquetar y posiblemente algunas botellas de licor casero. Una mujer se entretenía arreglando el género. Vestía de negro y llevaba el pelo lacio, desmelenado, como se suele representar el de las brujas. Sus ojos eran achinados y las mejillas flácidas.

—¿Qué se le ofrece?

—Disculpe. ¿Cómo puedo ir hasta La Magdalena?

—¿Anda montura?

—No.

—Pues no lo tiene fácil. A paso de buen patero, conociendo los atajos, está como a cinco horas, como mínimo. Debería conseguir un animal. Sí no, ¡ni modo! Y eso que todavía no ha llovido. ¡Tremendo barrizal se forma!

—¿Dónde puedo alquilar uno?

—Eso aquí no se da. Somos gente humilde. Son para el trabajo, para hacer un *mandao*, para pasear. Compramos, vendemos o los dejamos si es menester.

¿No tiene aquí a nadie conocido?

En mi cara leyó la respuesta.

—No se apure, ya encontrará arreglo. Mientras, tómese algo. Le puedo ofrecer un fresco de maracuyá. A no ser que quiera un trago. Tan de mañana dicen que no es bueno. Ya hablaré yo con el marido de mi hija, cuando regrese. Él siempre anda en negocios con aquella gente.

Pagué el fresco y de paso compré un periódico, para hacer tiempo. Sólo tenían BARRICADA, con fecha de dos días atrás. Salí a leer un rato a la sombra de la escueta porchada, en la que había una hamaca colgada y un estrecho banco de madera. Me tumbé y disfruté del balanceo hasta que paró. En primera página del periódico se leía que el valor de la canasta básica había subido un 50%, y daban la lista de los nuevos precios de los cincuenta y tres productos que se consideraban mínimos para la supervivencia de una familia. Estaban controlados por el gobierno y se garantizaba el suministro a la población mediante cartillas de abastecimiento. En páginas interiores se recogían diversos combates en varias zonas del país, así como fotografías y declaraciones de diversos políticos cuyos apellidos venían precedidos con los títulos de doctor, licenciado, ingeniero o comandante. También diversos eventos sociales y un amplio despliegue deportivo centrado sobre todo en el béisbol nacional y en los partidos y resultados de la Grandes Ligas USA.

Al rato apareció un hombre recio, sin afeitado, que llevaba unas espuelas en la mano. Se plantó a unos pasos de donde yo estaba y me estuvo observando como si fuera un animal expuesto a la venta en una feria ganadera. Debía haber entrado a la pulpería por una puerta trasera.

–Así que usted va para La Magdalena –dijo por fin, directo.

–Eso pretendo.

–Y que se le perdió por allí, maestro. Si me disculpa la indiscreción.

–Voy de visita. A la casa de Aleida.

–¿Y anda sin caballo?, ¿cierto?

–Ya ve.

–Parece gente de fiar. Le voy a proponer un trato. Yo tengo que llevar para allá un saco de chilotes, maíz chico, y ando corto de tiempo, sabe. Si usted me lo deja en casa de mi socio Isabelo, yo le preparo una buena montura.

–Entiendo poco de caballos.

–No hay falla. Se va a subir en uno que anda bien suavito. No necesita ni espuelas. Así me gusta educar a mí a los animales, como a los cipotes, como decimos aquí a los tiernos, a los niños pequeños. Todos caminamos según nos enseñan.

–Se lo agradezco mucho. Me aceptará algunas córdobas...

–Lo comido, por lo servido.

Al rato me encontraba cabalgando un hermoso ejemplar zaino, con una alargada cinta blanca en la frente y el morro. Ronald, su dueño, había amarrado un abultado saco de plástico, cuya textura imitaba a los de arpillera, en la parte de atrás del lomo, y me había indicado la ruta. No había pérdida. Unas tres horas al paso del animal, sin correr, para no forzarlo, y en las dos cruces de caminos – el primero donde un gran tempisque, y el segundo con un ceibo truncado por un rayo–, siempre a la derecha.

Al salir del pueblo me calé la gorra y dejé que el animal marchara a su aire. Cuando enfilamos el camino me pareció que ya conocía la ruta, aunque a veces giraba el cuello y con uno de sus enormes ojos negros parecía que me

pedía confirmación. Yo apenas le rozaba los bajos con los talones para responderle y le acariciaba el cuello agradeciéndole su trabajo. El calor era intenso, aunque a ratos soplaba una leve brisa que lo mitigaba. Mi cuerpo fue acompasándose al meneo de la grupa y la monotonía del camino me hizo caer en una especie de sopor. Me despabilé al notar que el caballo caminaba inquieto, con las orejas erguidas y que frenaba un poco la marcha. A pocos metros, al fondo de una pequeña barranca, varios zopilotes estaban dándose el gran banquete con los despojos de una vaca a la que se le empezaban a ver ya los costillares entre colgajos de carne sanguinolentos. Numerosos carroñeros negros planeaban en círculo en un cielo azul turbio en él que distinguí las primeras nubes. Luego llegamos a un río poco crecido, con amplios cantales sinuosos no cubiertos por el agua. Descabalgué y dejé que el caballo bebiera. Luego lo até a la rama de un árbol bajo el crecían altos hierbajos y dejé que disfrutara la comida mientras yo me tumbaba bajo otra sombra.

Las chicharras zumbaban con estruendo cuando reemprendimos la marcha. Al cruzar el caudal, tuve que levantar bien las piernas porque el agua llegaba hasta la panza del animal, que siempre hizo pie y no tuvo que nadar. Más adelante el valle se fue haciendo más angosto y el camino más empinado. Mi montura daba signos de fatiga. Miré el reloj. Descontando el descanso, ya había cabalgado casi tres horas y no había visto casa alguna, ni nos habíamos cruzado con nadie. Tal vez había errado el camino, porque no estaba seguro de haber reconocido el tempisque que me había descrito Ronald, y me había cruzado con

varios árboles quebrados, podridos o partidos por los rayos, y varias encrucijadas de caminos y sendas. Me di un plazo de media hora más, antes de volver sobre mis pasos. Pasados los treinta minutos, me concedí otros quince. Pasaba el tiempo y el animal ya no caminaba si no le hincaba los talones con firmeza. Todavía continué un poco más y cuando ya estaba a punto de tirar de la cincha del caballo para girar sobre nuestros pasos, escuché unos ladridos agudos, como de perro pequeño. Creo que mi cabalgadura también se alegró. Aceleramos y tras un recodo descubrimos una amplia campa, un claro en un valle boscoso rodeado de empinados picos, en el que aparecían diseminadas algo más de una docena de casitas de madera.

Me detuve junto a unos niños que me acompañaron hasta la casa de don Isabelo. Llamaron y apareció una mujer que me ayudó a desatar y descargar el saco.

–El bueno de Ronald no se ha olvidado de nosotros. Dígale que muy agradecidos. Y a usted por traérmolo.

–¿Dónde vive Aleida?

–Una, dos... A la que hace cuatro, no más.

Agarré las cinchas del caballo y me acerqué caminando. Me dolían las posaderas. La casita era de madera, de dimensiones reducidas, con tejado a dos aguas, de láminas zinc. Amarré el animal a un poste, del que partía un largo cordel tensado hasta la rama de una jacarandá próxima. En él estaban tendidos

varios pantalones, una toalla y otras prendas de ropa interior. Una muchacha estaba plantada en la puerta, en actitud de espera.

–¿Qué se le ofrece, señor?

–¿Es usted Aleida?

–La misma, para servirle.

Tendría poco más de veinte años, rasgos indios, algo baja de estatura pero bien formada, ojos felinos, de mirada casi insolente y una larga cabellera lacia y negra.

–Soy un viejo amigo de Larriba. Me gustaría verlo.

–No es posible, señor. Alberto ya murió –respondió con cierta indolencia, sin rastro de melancolía, sin un asomo de sorpresa ante mi presencia, extraña en aquellos parajes.

La policía lo anda buscando –repliqué tratando de ocultar un punto de incredulidad, una cierta duda–. Y hay gente que se han cruzado con él no hace mucho.

–Pues ya va para dos años –dijo sin inmutarse.

–Las autoridades no tienen constancia de ello.

–Las autoridades... Las autoridades siempre andan jodiendo, con muchos papeles, mucho control. Pero, ¿cuándo resuelven? Ande, no se quede ahí. Entre. Viene *asoleao*. Le regalaré un poco de agua. También le puedo ofrecer un cafecito o prepararle un pinol.

Dentro hacía todavía más calor. Una única estancia, una cama amplia, una hamaca con las mallas recogidas colgada de pared a pared, una mesa una banco y varias sillas, unos estantes con ropa, loza, unos pocos libros y un voluminoso transistor, un ventanuco y otra puerta que daba a un patio trasero que se iniciaba con un cobertizo de hojas trenzadas. Sacamos dos sillas y allí nos instalamos, sentados frente a frente, sin saber muy bien de qué hablar.

Decidí presentarme y le hablé con delicadeza, tratando de no generar recelos ni provocar susceptibilidades a causa del motivo de mi visita.

–Alberto platicó de vos en más de una ocasión –dijo Aleida.

–¿Y qué dijo?

–Que *sos* buena gente.

–Casi todo el mundo lo es –añadí, para no interrumpir la ligera fluidez que comenzaba a asomar en nuestra plática.

Aquella muchacha también era buena gente, como el propio Larriba, como la mayoría de las personas con las me había ido cruzando durante el intento de dar con él. Y conforme avanzaba, iba percibiendo que la línea que nos separa del infortunio y de la maldad, del daño que hacemos a los demás, tantas veces de manera involuntaria, era a menudo muy frágil, poco nítida, fácil de traspasar.

Aleida calzaba chancletas de plástico, vestía pantalones azulones, de trabajo, y sobre la pechera de la camisa de algodón blanco, una cenefa de flores de varios colores, que le daban todavía un aspecto más inocente, casi pueril.

Cuanto más la observaba y escuchaba sus palabras, más extraño me resultaba que el mundano y cosmopolita Larriba hubiera podido acabar sus días en un lugar tan apartado como La Magdalena, con una mujer cuyo horizonte no alcanzaba mucho más de aquellas montañas que nos rodeaban.

Aleida continuó hablando de mí, de las cosas que Alberto le había contado, y me resultaba extraño verme retratado en una historia paralela a la de Larriba, una historia edulcorada y falsa, plagada de tópicos.

—Cuando le preguntaba por la nieve —continuó—, siempre me contaba de aquella vez que estuvieron perdidos durante dos días casi sin comida, derritiendo agua para poder beber, evitando los caminos por los que podían encontrarse con la guardia civil, porque pasaban a una compañera a Francia, a través de los montes.

De repente pareció recordar algo.

—Discúlpeme un minuto.

Entró en la casa y pero tardó poco en regresar. Entonces le pregunté por la muerte de Larriba.

—La contra atacó el asentamiento un veintiuno de septiembre, por sorpresa, casi de amanecida, y mató a mucha gente. Pillaron dormidos a los que vigilaban. Veintidós muertos nos dejaron, entre ellos varios chigüines de pocos meses. Tiraban *rockets* y mucha balacera de fusil. Algunos hombres salieron hacia aquel cerro, para desalojarlos de las alturas, y allí es donde le dieron a

Alberto, en pleno pecho. Con lo grandón que era, quedó encogido como un pajarito.

No advertí la más mínima inflexión de dolor en sus palabras, aunque quise percibir un asomo de nostalgia, que tal vez fuera el reflejo de la mía.

–Muchas personas desmontaron sus casas y se fueron a otros lugares. Pero algunos se quedaron y yo también. Ya ve. A Alberto le gustaba mucho este lugar. Se sentía bien aquí. Y siempre decía que había que resistir, que la contra podía pasar la raya cuando quisiera, pero que siempre la íbamos a botar. Pero estamos tan cerca de la frontera...

–¿Por qué no se va a otro lugar más seguro?

–Porque tengo el corazón aquí. Mientras se pasa el dolor y una halla otro lugar, así estoy bien. Más adelante, ¿quién sabe?

A partir de ese punto sus respuestas fueron esquivas, como por compromiso.

–Me gustaría visitar la tumba –le pedí al cabo de un rato en el que el silencio se instaló entre los dos.

–Hay que caminar un trecho.

–No importa. Si no es molestia...

Al salir de la casa observé que una especie de colcha amarilla estaba tendida junto al poste. Parecía que estuviera oreándose, puesto que estaba seca.

Caminamos por la amplia explanada que albergaba el asentamiento, cuyas casas se retiraban hacia la montaña, como buscando refugio entre la arboleda.

Luego giramos para pasar junto a una choza de la que partía una trocha abierta entre los bejucos. Un poco más arriba llegamos hasta una umbría en la que crecían hibiscos rojos y grandes lirios azules y amarillos. Aleida cortó unas flores y formó un ramillete. Proseguimos bordeamos la ladera y después volvimos a ascender bajo las copas de robustos árboles.

–Parecen pinos –le comenté a Aleida.

–Nosotros les llamamos ocotes. Son muy resinosos y prenden muy bien. Pero ya casi no quedan. Las empresas los andan serrando y se llevan los troncos.

Tras varios recodos llegamos a un claro en ligera pendiente. Diseminadas por el mismo, un reguero de cruces de madera de apenas unos palmos, la mayoría pintadas de azul claro o blanco.

–La mayoría de los muertos son del día de aquel ataque –precisó Aleida.

Pasó con cuidado entre el laberinto de tumbas, pisando suave, como para no molestar, hasta detenerse ante una de ellas. Escrito en letras blancas: Alberto Larriba Ortiz (12.8.1951–17.5.1986). Mientras Aleida arrancaba unos cuantos matojos tiernos que crecían sobre la tierra elevada que marcaba el túmulo, pasaron por mi cabeza algunos rostros que todavía tenían muy presente a aquel cuerpo que yacía bajo tierra en un recóndito lugar olvidado del mundo, al abrigo de los ocotes. Me sorprendí ronroneando una oración en latín que ambos repetimos muchas veces, sin comprender lo que decíamos cuando, siendo monaguillos en la parroquia del barrio, nos tocaba ir de entierro. Pero reprimí la cantinela intuyendo una sonrisa escéptica en las mandíbulas descarnadas de

aquel ateo recalcitrante y recité, a modo de epitafio unas breves líneas que Larriba había escrito con ocasión de la muerte temprana de un compañero, que acababan plagiando una conocida copla sudamericana:

Es una falsa experiencia

vivir temblándole a todo.

Cada cual tiene su modo

la rebelión fue tu ciencia.

En aquel paraje no me fue difícil recrear aquellas primeras guitarras juveniles, en las que rastreábamos con manos inexpertas y acordes dubitativos, el sentido de las palabras de los cantautores gauchos, al tiempo que practicábamos las primeras notas de un viejo charango, que no sé cómo cayó en nuestras manos. Y supuse que Larriba, en algún momento de su inquieta existencia, había perseguido, y en cierto modo alcanzado, al menos uno de los retos que pregonábamos con voces desafinadas, años atrás, aunque nos los creyésemos del todo: *“yo soy de los montón, no soy flor de invernadero, igual que el trébol pampero, crezco sin hacer barullo, me aprieto contra los yuyos y así aguanto el pampero”*.

Había olvidado el resto de aquella milonga del payador perseguido del maestro Atahualpa Yupanqui, que en su día habíamos aprendido con devoción religiosa reproducida por la voz de Jorge Cafrune.

Aleida se había arrodillado, pero al rato se sentó de lado, con las rodillas juntas y con el dedo escribía frases ininteligibles sobre la tierra. Luego se puso en pie, partió el ramo de flores en dos, los compuso un poco y juntos, en ascético ritual, los depositamos cerca de la cruz, al tiempo que la muchacha se santiguaba. Después se retiró y anduvo zascandileando entre otras sepulturas.

–A la familia de Alberto le gustaría llevarse su cuerpo y tenerlo en España –sugerí.

–El muerto es muerto –replicó la muchacha–. Él preferiría quedarse en este lugar, reposando, tranquilo. Ya llevó una vida bastante agitada.

Después volvimos hacia la casa, sin pronunciar palabra, cada uno en su mundo.

Aleida me sugirió cenar y dormir allí, porque empezaba a bajar el sol y no me iba a dar tiempo a llegar a San Fernando con luz, pero decliné la invitación mientras degustaba otro cafecito que se empeñó en regalarme, «para que se le haga más corta la vuelta».

De nuevo sentíamos una cierta incomodidad cuando se cruzaban nuestras miradas. Éramos dos absolutos desconocidos que pertenecíamos a mundos muy diferentes. Teníamos poco que compartir y el nexos que nos podría haber unido ya era sólo un lugar en la memoria. Le pregunté por sus padres y comentó que ahora vivían con su hermano mayor, que administraba unos cafetales por la zona de San Juan del río Coco, ya que el viejo estaba bastante mayor y había perdido las pocas cabezas de ganado que le quedaban. También hablamos del tiempo y

Aleida afirmó que se estaba acabando la estación seca y que los caballos estaban inquietos porque hacía días que olían lluvia. Cuando comenzaba la estación húmeda, en el asentamiento solían quedarse aislados durante varios días por la crecida de los ríos.

–¿Cuánto tiempo piensa quedarse en La Magdalena? –le pregunté.

–De momento, ya le dije que pienso tirarme aquí mi tiempito.

–Si le hace falta dinero, podíamos enviarle algo desde España. Yo mismo podría tratar de gestionarlo en Managua. La familia de Alberto podría necesitar su colaboración para certificar su muerte...

–Se agradece pero, a Dios gracias, no necesito nada.

–¿Y más adelante?

–Con la familia, tal vez... ¡A saber! El mundo da muchas vueltas.

Pero en aquel lugar parecía que nada pudiera cambiar.

La atmósfera era densa. Hasta las palabras permanecían un instante en el aire, antes de desaparecer.

Me pareció oír el trote de un caballo lejano y percibí que Aleida una ligera inquietud, aunque trató de disimularla levantándose y arreglando unos cacharros de la estantería. Tuve una corazonada y salí disparado hacia la puerta. En el centro de la amplia explanada un jinete había frenado su montura en seco y el caballo se revolvió entre el polvazal que él mismo había levantado. El hombre llevaba calado un sombrero alón cuyos bordes le quedaban a la altura de los ojos y mantenía la cabeza ladeada, tal vez debido a que estaba en disposición de girar

rápido sobre las patas del animal mediante un tirón de cinchas. El resto de la cara lo cubría una poblada barba. Se quedó observando unos segundos, como dudando, y al final dio la vuelta y partió al galope. Pude apreciar que llevaba cruzado a sus espaldas un fusil. Mientras su figura se diluía entre el polvo y la distancia, un leve viento agitó el cubre amarillo que antes Aleida había tendido. Por eso me fijé en él, en su color chillón, en sus reducidas dimensiones, poco más de una bandera, y se me ocurrió interpretar que aquello podría ser una señal de advertencia, un signo que se podía distinguir desde lejos. Cuando el jinete desapareció en la espesura y amainó el sonido de los cascos del caballo, permaneció en mi ánimo la cara de un Larriba joven, de sonrisa amplia y escéptica, atusándose la barba que se dejaba crecer en las expediciones de montaña. Y lo sentí vivo, en La Esperanza, y me pareció que tal vez allí había logrado encontrar su lugar en el mundo, cosa que yo todavía andaba buscando. Cuando regresé, Aleida estaba en la puerta con una palangana de plástico en jarras y me pareció que me miraba con una cierta insolencia que hasta aquel momento no había percibido.

Volví a entrar y, al poco, los primeros truenos empezaron a escucharse tras los cerros. La amenaza de tormenta era inminente y tratar de llegar a caballo hasta el pueblo, bajo la más que probable lluvia, de noche y sin conocer bien el camino, era del todo insensato. También fue la excusa para pasar la noche en la que había sido la última residencia de Larriba.

Se lo comuniqué a Aleida, que respondió con un gesto afirmativo, ahora un punto resignado.

Con la niebla bajando hasta el valle, las primeras nubes densas y cargadas, y el sol escondido tras la loma, la oscurana se instaló rápida. La muchacha encendió un candil de queroseno y se puso a preparar algo para la cena. El fogón, un agujero sobre una especie de horno de leña de barro cocido, instalado bajo un chamizo del patio, estaba a unos metros de la casa. En pocos minutos estábamos a la mesa. Los frijoles y el arroz blanco, alargado y seco, estaban ya preparados en sendos peroles renegridos por el humo y Aleida sólo había tenido que recalentarlos, al igual que las crujientes tortillas. Además, una lata de sardinas para los dos, abierta tal vez para obsequiar a la visita y un fresco de pinol, elaborado con harina de maíz tostado y un poco de cacao y azúcar.

Durante la cena Aleida permaneció en silencio, pero luego me preguntó por cosas de España: cómo era eso de los reyes y el príncipe, la nieve, el metro y tópicos similares. Luego, cuando consideró que era la hora de dormir, me ofreció la cama. Ella dormiría en la hamaca.

–Estoy acostumbrada desde chica –insistió, pero no pudo convencerme.

Al poco, apagó el candil y la oí acostarse.

Los truenos se acercaban y la oscuridad era absoluta. Hasta aquel rincón perdido entre montañas no llegaba la luz eléctrica. Mientras me balanceaba recordaba las noches pasadas al raso con Larriba, mirando las estrellas y

preparando la estrategia de la escalada del día siguiente. Luego me quedé dormido.

Me despertó una violenta descarga. Un rayo había herido la tierra no muy lejos y todo temblaba. La lluvia era intensa y tamborileaba con fuerza sobre las láminas metálicas del techo. Varias goteras repicaban sobre el suelo de cemento y el viento que se filtraba entre el espacio que dejaban las paredes y el techo, beneficioso para aliviar el calor, impregnaba ahora la atmósfera de humedad. Percibí algo ligeramente viscoso en la yema de los dedos. Busqué mi linterna entre el equipaje y comprobé que del techo caía una fina lluvia de polvo acumulado durante los largos meses de sequía. Un barrillo, una especie de maquillaje fino caía sobre mi cara. Enfoqué hacia la cama de Aleida, tapando el foco parcialmente para evitar despertarla, y estaba vacía. Intenté dormir de nuevo pero ya no pude conciliar el sueño. Los truenos hacían vibrar las paredes y los perros ladraban. Me levanté, cogí una silla y me senté bajo el porche escuchando la lluvia hasta que comenzó a amanecer.

A primera hora de la mañana Aleida seguía sin aparecer. Sin embargo la cama había sido recogida y sobre ella había una nota escrita a lápiz:

He tenido que salir por una urgencia. No sé cuando volveré.

Disculpe.

Buen viaje.

Mientras recorría la vista por la estancia descubrí, colgado en un clavo de la pared, un collar fino, de oro, del que pendía un pequeño escarabajo de coral rojo y betas plateadas. Era idéntico al que había observado en la habitación de Helen. Parecía como si Larriba marcara los territorios por donde pasaba, como hacen determinados animales. Asocié la forma del insecto con una mancha de

tinta en la portada de un antiguo pasaporte expedido a mi nombre, con el que Larriba, sin pedirme permiso y debidamente acicalado, pasó la frontera con Francia, porque el suyo estaba caducado y tenía miedo de caer en manos de la brigada político-social si intentaba renovarlo. Fue el inicio de un breve exilio, porque el general murió a los pocos meses y uno meses después los presos políticos salieron de las cárceles y los que estaban fuera pudieron regresar a España.

Algo me impulsó a coger aquel especie de amuleto y guardármelo en el bolsillo; a robarlo, a fin de cuentas, aunque dejé un puñado de dólares junto a la nota. Cargué mi bolsa, ensillé como pude el caballo y salí al trote.

¿Fue un gesto de impotencia, una especie de desquite o simplemente una forma de materializar un recuerdo? También podía ser un presente para Laura, una especie de souvenir muy especial, una justificación material de mi empeño en la búsqueda de su hermano.

Cuando llegué al extremo de la explanada me encontré con el inicio de varios caminos que no había apreciado a mi llegada. Inicié uno de ellos, pero me sentí perdido. El caballo, acostumbrado ya a mis órdenes, tampoco tomaba la iniciativa cuando le aflojaba las riendas.

Volví sobre mis pasos. La lluvia había cesado y las nubes dejaban ver retazos de cielo. Un paisano a lomos de mulo, venía hacia donde yo esperaba. Le pregunté.

–Le puedo acompañar un tramo –propuso–. Tengo unas vacas en un predio cercado, a un par de leguas.

–¿Volverá la lluvia?

–Fue la primera de la temporada, pero ya cesó. Más luego, dentro de unos días, caerá duro.

Dolores parecía con ganas de pegar la hebra aquella mañana.

–¿Oyó los tiros anoche? –continuó.

–¿Qué tiros?

–Sonaron al poco de iniciarse la tormenta.

–Estaría dormido –le respondí.

–Venían de aquel lado, y como usted andaba en casa de la Aleida... Por allí queda otro asentamiento. Sería la contra que estaría robándose unas cuantas reses aprovechando la noche y los pillaron. Si no se espabila uno, las pasan al otro lado de la raya, a Honduras, y adiós muy buenas.

Al poco de que Dolores se desviara del camino en busca de sus vacas, llegué al río. Bajaba turbio y algo crecido, pero no fue difícil de sortear. El caballo trabajó contra la corriente y el agua sólo me mojó las rodilleras de los pantalones, pues me incliné hacia delante y alcé los pies sobre el lomo de mi montura todo cuanto pude. Una vez superado el obstáculo, la bestia se animó y alegró el paso, aprovechando que íbamos perdiendo altura e intuyendo el próximo descanso en su cuadra. La lluvia caída refrescaba la tierra y el camino se me hizo esta vez más corto.

Tras cruzar las primeras casas de San Fernando me dirigí directo hacia el establecimiento de doña Rosa. Me saludó con cierta familiaridad, como si me conociese desde hacía tiempo. Me preguntó por Chicharro, el caballo, si había cabalgado suave, si se me había dado problemas, y me dijo que su cuñado andaba enfaenado con una vaca paridera y había dicho que dejara el caballo bien amarrado, allí no más.

Me extendí en algunos detalles que provocaron su risa y le compré uno de los aquellos enormes machetes con funda de cuero engalanada con cinchas, que pendían de la pared amarrados en racimo mediante una cuerda.

–Aquí tiene el vuelto –dijo Rosa tendiéndome unos billetes.

–Quédeselo. El caballo lo valía, y mucho más.

–Somos pobres, pero no necesitados, don –replicó con cierto orgullo.

–Lo comido por lo servido –le repliqué con las palabras de Ronald para salir del paso, aunque no cuadraban del todo.

–Va pues. Para la próxima se lo tengo reservado.

–¿Cómo puedo regresar a Ocotil?

–El busito de hoy ya pasó. Pero haga *raid*. Seguro que alguien que venga de Jalapa le va a parar.

Acaricié al bueno de Chicharro y me encaminé hacia la carretera, sin más alternativa que hacer auto-stop.

Sentado sobre un pedrusco, al resguardo de una sombra, el tiempo transcurría lento, más que durante la cabalgada. En algo más de una hora, en

dirección a Ocotral sólo pasaron dos camiones militares, muy rápidos, abarrotados de soldados sentados bajo las lonas, que dejaron sus huellas marcadas en el barro. Más tarde divisé una camioneta, le hice señas y esta vez tuve suerte. La conductora me indicó que subiese a la cabina. Detrás venían dos campesinos aposentados sobre unos sacos.

–Renata Balducci –se presentó nada que me senté, tendiéndome la mano y estrechando la mía con energía.

–Rubén Contreras.

–Esos dos se bajan aquí cerca –continuó–. Venían embarrados y no quisieron ensuciar el asiento.

–Yo tampoco ando muy limpio.

Rió y su boca era grande, de labios ligeramente abultados y dientes de una talla algo superior a la estandarizada por los anuncios televisivos de dentífricos. Utilizaba con frecuencia expresiones nicas, pero su acento era inconfundible. Nacida en San Ignacio, un pueblo de la región argentina de Misiones, y licenciada en Ingeniería Agrícola en Buenos Aires, había llegado a Nicaragua con su marido, Ernesto, compañero de estudios con el que se había casado muy joven, antes de haber terminado ella los suyos. Llegaron huyendo de la represión de la junta militar del general Videla. Con anterioridad unos amigos íntimos habían sido detenidos y pasados unos meses nadie sabía dónde estaban presos: habían pasado a engrosar la lista de desaparecidos. Ernesto y Renata, en ese tiempo, ya vivían clandestinos, porque los Montoneros, la organización

peronista de tinte radical a la que pertenecían, había declarado la guerra a los *milicos*. Por medio de los compañeros consiguieron unos pasaportes falsos y, con identidades suplantadas, volaron hasta Santa Fe de Bogotá, y de allí hasta Nicaragua, donde ya residía un grupo de militantes de su tendencia.

Los campesinos golpearon el techo del vehículo, Renata frenó y ambos se apearon en un cruce de caminos, cargando cada cual con un par de abultados sacos, uno al hombro y el otro medio a rastras.

Proseguimos por la pista. El agua de los charcos salía despedida con violencia a nuestro paso. Renata conducía segura y deprisa. Debía conocer bien la ruta. En algunos tramos una ligera lluvia empañaba el parabrisas.

–¡Bendita agua! En unos días, todos esos ocres y marrones que cubren los montes estarán verdes. Pero los caminos se pondrán intransitables y vendrán las inundaciones, y las riadas se llevaran por delante algunos puentes. ¿Te gusta la lluvia?

–Depende.

–¿Cómo que depende? ¿O te gustá o no te gustá? ¿No sos muy hablador vos? ¿Cierto?

–He tenido que trabajar muchas veces bajo una tormenta.

Bordeamos un ribazo y cruzamos un puente de troncos a unos palmos del nivel de la crecida. Más adelante paramos ante la demanda de un viejito arrugado que acarrea dos fuertes gallos de plumaje coloreado, amarados por las patas. Unas capuchas de lona cubrían sus cabezas.

–¿Van hasta Ocotal? –preguntó el viejo.

–Suba –le indicó Renata.

El hombre se sentó junto a mí y acomodó los animales entre sus piernas. Criaba y adiestraba gallos de pelea y se dirigía a un palenque que celebraba competiciones los fines de semana.

–¿Y se gana mucho? –le preguntó Renata.

–Ya ve. *Pa* no morirnos de hambre.

Aún recogimos en la tina a varios campesinos más y a un grupo de mujeres con palanganas de plástico que contenían comida cocina para vender por la calle. En Ocotal volvimos a quedarnos solos. Sin detenernos continuamos por una carretera asfaltada plagada de baches cubiertos por el agua, algunos de los cuales estaban señalizados con piedras para evitar accidentes. Conforme descendíamos hacia Managua el azul del cielo iba ganando terreno a las nubes.

Renata estuvo hablando del desastre de la guerra de las Malvinas y de cómo aquella contienda desigual, insensata y patrioter, había acabado provocado la caída de los generales que la declararon. También del mundial de fútbol y del «sobrenatural» toque de balón de Maradona.

–Y vos, ¿sos futbolero?

En mi corazón quedaban pigmentos de una camiseta *blaugrana*, pero decidí apostar por otro terreno de juego, también entrañable porque me llevaba hasta unos balcones que daban a la alegre y dinámica vía Gariblandi, con la fachada barroca del Palazzo Madama en un extremo y las primeras estribaciones de los Alpes nevados

cerrando el horizonte, del otro lado. Y también al sabor y la piel clara de Lorela, la de los pechos dulces, como los días claros de la ciudad de Torino en otoño.

–Siento una especial debilidad por la Juventus.

–¡No es cierto! ¡Es un equipo italiano!

–La *Vequia Signora*. Es un apodo irresistible.

–Pero vos sos español.

–Uno no elige la tierra donde nace.

–Eso sonó lindo.

–Mi patria es la vida, leí en una entrevista a un paisano suyo.

–Gelman. ¡No, por dios! He topado con un intelectual, como el jodido de mi marido. Cuando el tipo se las daba de... era insoportable.

Se habían separado hacía poco más de un año y él había regresado a la Argentina. Renata sentía añoranza de su tierra, pero habló de heridas no cicatrizadas, de problemas familiares, de que tampoco le iba a ser fácil encontrar trabajo en su profesión. Por eso había decidido esperar un tiempo e intentar dar un giro en su vida, en otra parte del mundo, en Europa o en los Estados Unidos.

–Aunque a veces, me corroe la añoranza –concluyó.

Yo la escuchaba mientras pensaba en mi propia situación de desarraigo.

–Me gustan los tipos callados, ¿sabés? –dijo de sopetón al cabo de un rato—. Los hombres que platican mucho suelen acabar poniéndose pretenciosos. ¿Y vos? ¿A qué te dedicás? Como no decís nada, tengo que disparar yo.

–Los últimos años he trabajado de marino.

–Pues no tenés pinta de lobo de mar: piel bastante pálida, poco curtida, ni aretes ni tatuajes visibles...

–Soy electricista y me encargaba del mantenimiento. La mayor parte del tiempo me lo pasaba tumbado en el camarote o metido bajo los focos de la sala máquinas. En realidad era como si trabajara en una gran fábrica flotante.

–Estoy viendo una película; no recuerdo el nombre. Las imágenes de un mercante pasando bajo un puente, Lisboa al fondo...

–Llegar a Lisboa es casi como volver a casa.

–He notado que te falta un diente –dijo Renata.

–Lo perdí en Accra, en una trifulca sin sentido en un bar del puerto. De un botellazo me volaron varias piezas y hace unos días se me cayó una funda.

–Siempre por ahí, conociendo el mundo, ¿no?

–Sólo los puertos.

–Muchas mujeres, dice el dicho. ¿Alguna argentina?

–Sí.

–Y tenés la farrá de reconocerlo, ¡delante de una dama! –agregó burlona.

–Cuando Gabriela Sabatini juega, si puedo no me pierdo un partido. Me quedo como hipnotizado; más pendiente del nivel de su faldilla y de cómo se le dibujan los músculos en las piernas, que de donde pone la bola.

–Tirás con bala, vos. Vaya, vaya, con el hidalgo castellano. Y además de ver tenis por la tele, ¿practicás algún deporte?

–No.

–¿Fumás al menos?

–Negué con la cabeza.

–Definitivamente sos un tipo monosilábico y aburrido –el tono de su voz era distendido, con un punto de ironía cuyo alcance no acababa de captar–.

Prendéme un cigarrillo, por favor. Los tengo en la guantera.

Se lo pasé y Renata fue dando profundas caladas, saboreándolo sin pronunciar palabra, hasta consumirlo casi hasta el filtro. Luego dijo:

–También ando ahí una petaca con ron.

Cuando se la tendí, me indicó con un gesto que la probara. No me apetecía porque era mediodía y estaba prácticamente en ayunas, pero simulé darle un buen tiento para evitar sus posibles réplicas. Renata pegó un trago profundo y lo saboreó sin empacho. Luego otro más ligero, antes de añadir con voz resignada:

–Hay que conducir. ¿Vos manejás?

–Sí.

–Menos mal. Estoy cansada.

Después permaneció largo tiempo en silencio, concentrada en la conducción. Yo la miraba de soslayo y percibía una cierta tensión en su rostro, el ceño levemente fruncido.

–Acércate a mí –dijo al rato.

El asiento corrido del Toyota era amplio, para tres personas. Obedecí.

–Acércate más.

Estiró de mi brazo y aspiró mi pelo, la nuca, el hombro, mi camisa a la altura de la tetilla, rápida, a ráfagas, sin perder de vista la carretera. Algunos hilachos finos de su melena larga, ligeramente ondulada y negra, se quedaban atrapados entre las púas de mi barba, sin rasurar varios días.

–Me excita tu transpiración –sentenció–. Para mí el olor corporal es muy importante, determinante.

Entonces pasándome una mano por el cuello me atrajo hasta ella, con firmeza. Aspiré la tibieza de su nuca, rocé con mi nariz el vello del nacimiento de sus rizos detrás de las orejas, y un aroma denso y dulzón, como de pan recién horneado, un fondo de colonia barata y un punto agrio de sudor, penetró por mis fosas nasales aturdiendo mi conciencia y alertándome los instintos. Renata guió mi cabeza hacia el inicio de su seno y mi cara se acomodó en aquella almohada que captaba y amortiguaba con suaves oscilaciones las irregularidades de la carretera. Su camisa de cuadros vaqueros tenía la textura de una franela delicada, con varios botones desabrochados entre los que podía observar el balanceo de la puntilla blanca del sujetador. Mientras auscultaba el golpeteo rítmico de su corazón acelerado, cerré los ojos y dejé que aquella mezcla de sensaciones enturbiara mis neuronas y **enmarañara el deseo**.

Renata llevó su mano hasta mis genitales, observó la evolución del pene mientras acariciaba la tela de los pantalones y palpó los testículos con suavidad, pero con la precisión de un urólogo.

–Creo que es hora de que conduzcas tú –dijo mientras el coche se deslizaba por un camino lateral.

Descendimos y cuando nos cruzamos, se abalanzó sobre mí y como un cachorro juguetero, marcó sus dientes en mi cuello y con sus garras rasgó mi piel, retándome con sus besos y mordiscos, mientras aflojábamos nuestras correas y nos deshacíamos de la ropa entre prisas y torpezas, hasta que nos acoplamos en la tierra húmeda con la violencia que aquella hembra imponía y mi deseo anhelaba tras varios meses de abstinencia.

La mañana del día once amanecí sin ella. Los tres siguientes no salí. Los pasé oyendo caer la lluvia y esperando. Después me lancé en su busca por toda la ciudad. Pregunté en donde se alojaban los técnicos regionales cuando venían a la capital, que fue la casa en la que pasamos nuestra primera noche antes de mudarnos a una chocita del hotel La Ceiba, blanca, impecable y fresca, con un abanico sobre la cama colgado del techo de palma, y un jardincillo de floripones y margaritas bajo la frondosidad de los árboles. Indagué en las oficinas del MIDINRA, el Ministerio para la Reforma Agraria, y obtuve una vaga respuesta por parte de una secretaria: Renata estaba en Panamá gestionando un envío de repuestos para maquinas agrícola y tardaría varias semanas volver. No me di por rendido y telefoneé a la regional de Ocotlán, y a Jalapa, y en ambas me dijeron que andaba en Managua.

Aquellos días fueron de intensas lluvias y vientos huracanados que quebraban ramas, arrancaban algunos árboles y jugaban a la comba con los cables de la luz desprendidos, en medio de un festival de chisporroteos eléctricos. El techo de mi bungalow filtraba el agua, las paredes se reblandecían y hasta la tinta de los periódicos se emborronaba nada más ponerle los dedos encima. Yo regresaba al hotel empapado, pues los paraguas apenas servían, me cambiaba con ropas de cierto abrigo, y permanecía largas horas tumbado, sin hacer nada, observando o escuchando las aspas del ventilador, que mantenía encendido para que ahuyentara los mosquitos y la humedad de las sábanas. Mis mudas y demás ropa se las daba a lavar a una empleada que, después de un buen escurrido, las tenía que acabar secando con la plancha. Luego estuvimos sin luz durante cuatro días y unos decían que era debido a las inundaciones y otros, que se trataba de un sabotaje de la contra que el gobierno no quería reconocer. En cambio, las programadas restricciones semanales de agua corriente no se notaban; los bidones de los que la tomábamos para el aseo se desbordaban bajo las canaletas de los tejados.

Después me visitaron las fiebres y las diarreas, y el tiempo transcurrió todavía más lento. Me dolían los huesos y me encontraba muy débil, y temí que se tratara de la malaria o el dengue, que aquellos días se propagó por todo el país a partir de varios focos, como un incendio provocado. Pero el encargado del hotel me proporcionó unas píldoras amarillas y le ordenó a la asistente que me

preparara varias veces al día un brebaje que tenía como base hojas secas de guayabo, y me recuperé a los pocos días.

Volvió el sol y de la tierra, saturada de agua, se elevaba un velo de vapor que empañaba el cielo como una neblina. A las horas de más calor, casi con la puntualidad de un despertador, las nubes se descerrajaban y durante un rato descargaban con violencia. Luego, las escasas rutas y calles asfaltadas o empedradas, hervían como una olla a fuego lento.

Con el sol, volví a la calle. Más que la esperanza, una especie de rencor me movía a encontrar a Renata. Volví a la casa de los técnicos y al Ministerio, telefoneé múltiples veces a la Regional de Ocotlán y a varios pueblos del norte, y en todos lados encontraba la misma respuesta: nadie sabía de ella. Pensé que podía haber regresado a la Argentina, desde Panamá, sin comunicárselo a nadie, en una decisión repentina, porque tal vez era la única manera de alejarse de aquellas tierras, de sus gentes, de los lazos afectivos que había tejido durante aquellos años.

Pero me resistía a abandonar. Y persiguiendo las huellas de Renata y tratando de engañar el tiempo hasta su regreso, me encontré perdido en una caótica ciudad, dispersa y desestructurada, en la que me fui desenvolviendo cada vez con más facilidad, aunque sin rumbo, capitán de un barco varado entre dos mares, sin programa, sin control. Dormía durante las horas de más calor y deambulaba el resto del tiempo, caminando cuadras, descampados y solares, para finalizar tomando cualquiera de los buses de itinerarios desconocidos que

recorrían las infinitas rutas de la intrincada trama urbana. Saltaba de taxi en taxi a los lugares y rincones que, a fuerza de frecuentarlos, me fueron resultando más familiares o amables, reponiendo fuerzas en humildes tugurios que sólo servían pollo rostizado, llenado la panza en los multicolores y bullangueros comederos populares de los mercados y, si se terciaba, saboreando los mejores platos en cualquiera de los escasos restaurantes que justificaban el nombre. Tomaba tragos de dudosa destilación en chiringuitos de tablas maltratadas y carcomidas, o paladeaba sofisticados combinados en los bares de los hoteles de lujo, sin olvidarme de repostar en cualquier de las múltiples expendedurías de cervezas que iba descubriendo en mis recorridos diarios, en las que siempre encontraba conversación sobre las preferencias de los parroquianos, irremediamente divididos sobre la calidad de la Victoria o de la Toña, las únicas existentes, ambas nacionalizadas, pero que cambiaban de sabor según el ingeniero que las fabricaba, que siempre acababa abandonando la producción y llevándose sus secretos a los Estados Unidos.

En aquel deambular, sobre todo nocturno, me fui enredando con toda clase de personajes tan perdidos y desheredados como yo, huérfanos de afectos y de obligaciones cotidianas, dispuestos a poner el mundo patas arriba, mientras descuidaban su aseo personal y no sabían si podrían comer al día siguiente. Conocí a jóvenes de maneras delicadas que aseguraban que la revolución les había confiscado las tierras que debían heredar y sobrevivían con los fondos que les llegaban de Miami, a intrépidos cuadros de la insurgencia guerrillera –a

Ribera y a Bravo sus compañeros les seguían otorgando el grado de comandantes—, que se habían tirado al monte siendo apenas unos adolescentes y allí se habían hecho hombres rodeados de penalidades y muerte bajo una férrea disciplina, pero que después del triunfo se encontraban desorientados y no se habían podido adaptar a las nuevas tareas, más burocráticas, que ahora les encomendaba el Frente Sandinista, al que sin embargo seguían profesando una fe ciega. Me junté con algunas mujeres que vivían de los hombres y con más de un parásito de la madre de sus hijos, y entre la madeja de amistades y conocidos que fui tejiendo me encontré en medio de una fauna de malabaristas de la subsistencia: baquianos que contrabandeaban con ganado, poetas consagrados de un solo libro, camorristas y pendencieros de toda laya, latinoamericanos del desarraigo y la nostalgia, heroinómanos españoles cuyos paisanos residentes en Nicaragua les habían facilitado la estancia para que pasaran el mono, con la certeza de que allí no podrían encontrar más dosis, y hasta con un pescador de Lekeitio, Mario, cuyo apellido guardó siempre con celo, que cuando llevaba unos tragos de más te decía en voz baja que estaba hibernando a la espera de incorporarse al movimiento de liberación vasco, de nuevo.

Tomábamos más que comíamos, platicábamos del infierno y del universo, jugábamos cartas y dados, visitábamos mercados y basureros, frecuentábamos todas las discotecas, Infinito, El Pueblo, La Grotta o Lobo Jack's, donde se mezclaba lo más selecto con lo peor de cada casa, y acabábamos más de una noche en tugurios de música caribe y tufo a marihuana y meados, o en los

locales más sórdidos, como Típico Habana, Tropicana o Shaolín, donde las putas más insomnes se nos acercaban con trucos zalameros, luego de haberse desnudado en un escenario al ritmo de la música e introducido frutas, reptiles y botellas en sus dilatadas vaginas o anos.

Alguna vez creí reconocer a Renata en la silueta de otras mujeres de largas cabelleras, y otras presentía que era observado y que un barbudo Larriba me espiaba amagado tras las esquinas. Pero con el paso del tiempo, aquellos días destartalados, tan intensos como anodinos, iban borrando su recuerdo. Me negué a proseguir su rastro, descuidando las tareas que tenía pendientes en Managua y ni siquiera intenté recuperar mi maleta abandonada en la casa de don Pedro Castellón. Atrapado en aquella vorágine, también Renata comenzó a ser un deseo que se deshilachaba como una venda ajada entre mis neuronas empapadas de insomnios y alcohol.

–Compañero, puede acompañarme un momento.

Tenía una voz atiplada, rasgos delicados, piel casi negra, vestía una camiseta de baloncesto que le venía grande y una gorra de beisbolero del revés.

No hice intención de seguirlo. En el Costa Caribe el reaggue sonaba fuerte y no había casi luz. Entonces el tipo volvió sobre sus pasos.

–Seguridad del estado –me dijo al oído.

Fuera había otro individuo de complexión atlética, camisa de manga larga, abotonada, y jeans. Estaba recostado bajo una farola.

–Sólo queremos comprobar su documentación.

Le entregué el pasaporte y estuvo observando las fechas y los cuños.

–Sabe que le queda poco más de una semana para que su visa caduque –
concluyó.

–No me había dado cuenta.

–¿Piensa renovarla?

–Puede.

–Le aconsejo que no lo haga. Tendrá que salir del país y a la vuelta, es posible que no le pongan el cuño de entrada.

–¿Por qué?

–Siempre anda rodeado de gente poco clara. Yo, de usted, me alejaría de estos ambientes. Puede complicarse la vida antes de su regreso.

Cuando volví al Costa Caribe, se me acercó Chayito:

–Lleva cuidado con ese. Es un *cochón*.

Llovía. En el hall del aeropuerto había mucho jolgorio. Cuando anunciaron el embarque del vuelo de Cubana de Aviación se desató una tempestad de abrazos, sollozos desgarrados y adioses.

El avión tomó altura y nos vimos atrapados en un piélago de nubes. Luego empezó a escampar y se distinguían parches de tierra cada vez más extensos. Una capa verde lo cubría todo, excepto los ríos que parecían carreteras marrones que serpenteaban la selva.

La muchacha que estaba sentada a mi lado estaba lloriqueando. Le pregunté por el motivo de su aflicción. Formaba parte de un grupo de jóvenes que marchaban becados para la Unión Soviética. Se llamaba Mónica, iba a estudiar Veterinaria y estaría cinco años sin volver a ver a su mamá.

Volábamos bastante bajo y el aparato se bamboleaba con frecuencia por las turbulencias. Distinguí una ciudad de casas chatas, un puerto en una especie de albufera y los penachos blancos de las rompientes sobre los arrecifes. Y luego el mar.

Y mientras miraba a través de la ventanilla las diversas tonalidades del azul, recordé con nostalgia los días en los que conocí a Larriba, aquel tiempo de inocencia e iniciación, de retos en los deportes, en la escalada y en las ascensiones alpinas, de camaraderías surgidas de compartir temores e ilegalidades, de romper normas, de búsquedas y tentativas, de errores con mucho tiempo por delante para corregir, de canciones y discos, de guitarras y porros, de chatos de vino, de desazones y rivalidades por las mismas chicas, los días compartidos con Laura, compañera de fatigas y aventuras, omnipresente y cercana, inalcanzable entonces para mí. Y deseé que Alberto estuviese vivo y que aquella tumba de La Magdalena fuera una impostura y estuviese vacía, y lo imaginé cabalgando por las trochas de algún asentamiento perdido o pateando los montes y en cualquiera de los países en que habían dividido aquella franja de tierra entre el Caribe y el Pacífico.

Y volví a escuchar las duras palabras de la capitán Bolaños, a contemplar la fijeza de sus ojos tras los espejuelos, a percibir de nuevo el escepticismo y la fatiga del doctor Pereira, la tristeza distante de la bella Marta, la soledad sublimada del padre Teo. Y escuché la risa desenfadada de Renata, aquel inconfundible acento argentino, su discutir apasionado hasta que uno se daba por vencido, y calculé cuánto tiempo tardarían mis sentidos, todavía exaltados, en olvidarla.

Dentro de unas horas le diría a Laura que volvía con las manos vacías, le entregaría un escarabajo de coral que había pertenecido a su hermano, le dibujaría un plano y le describiría el lugar donde se encontraba una tumba con una cruz con el nombre de Alberto Larriba.

En el asiento contiguo, Mónica, la muchacha que volaba a un mundo remoto y desconocido, se había dormido.